

## El descubrimiento de los sexos

El triunfo de la bicicleta... exige que sus adeptos del sexo débil hagan uso de un equipamiento andrógino... ¿Nunca haremos comprender a nuestros publicistas con faldas y sociólogos con sus vestidos que una mujer no es igual, ni inferior ni superior a un hombre, que es un ser aparte, algo distinto, dotado por la Naturaleza con otras funciones distintas a las del hombre, con el que no piensa rivalizar en la vida pública? La mujer no existe más que por los ovarios.

VICTOR JOZÉ, 1895\*

El sexo tal como lo conocemos fue inventado en el siglo XVIII. Los órganos de la reproducción pasaron a ser lugares paradigmáticos que manifestaban la jerarquía, resonante

---

\* Victor Jozé, "Le Féminisme et le bon sens", *La Plume*, 154 (15-30 de septiembre de 1895), 391-392; citado en Deborah Silverman, *Art Nouveau in Fin-de-Siècle France*, Berkeley, University of California Press, 1989, pág. 72.

en todo el cosmos, por ser el fundamento de la diferencia incommensurable: "las mujeres deben su forma de ser a los órganos de la generación, y en especial al útero", afirmaba un médico del siglo XIX<sup>1</sup>. Se encontraba aquí no sólo un rechazo explícito de los viejos isomorfismos, sino también, y esto es lo importante, un rechazo a la idea de que las diferencias graduales entre órganos, fluidos y procesos fisiológicos reflejaban un orden trascendental de perfección. Aristóteles y Galeno estaban simplemente equivocados cuando afirmaban que los órganos femeninos son una forma menor de los del hombre, lo que implicaba que la mujer es algo menos que el hombre. Una mujer es una mujer, proclamaba el "antropólogo moral" Moreau en uno de los muchos esfuerzos nuevos por derivar la cultura del cuerpo, en todas partes y en todas las cosas, morales y físicas, no sólo en una serie de órganos<sup>2</sup>.

Los órganos que habían compartido nombre (como ovarios y testículos) no se distinguían a nivel lingüístico. Se dio nombre a los órganos que no disfrutaban de nombre propio, como, por ejemplo, la vagina. Las estructuras que se habían considerado comunes a hombre y mujer —esqueleto y sis-

<sup>1</sup> Claude Martin Gardien, *Traité complet d'accouchements, et des maladies des filles, des femmes et des enfants*, 2.<sup>a</sup> ed. (París, 1816), 1.2-3, citado en Erna Olafson, "Women, Social Order, and the City: Rules for French Ladies, 1830-1870" (Tesis, Berkeley, 1980), pág. 97.

<sup>2</sup> Jacques L. Moreau, *Histoire naturelle de la femme*, 2 vols. (París, 1803), 1, cap. 2. Dice Moreau que son todos los órganos, genitales y otros, los que marcan la diferencia sexual. Pero también afirma que sigue a Pierre Roussel, quien, como sostiene Michèle le Doeuff, genitaliza el cuerpo entero a excepción de los genitales. La prueba teórica de Le Doeuff para esta tesis es que el punto de vista falocéntrico tiende a ver la diferencia entre los sexos en todas partes, pero no puede verla a nivel genital. Su argumento esencial se basa en la posición de Roussel —y de Moreau— de que la menstruación no es una función natural del sistema reproductor femenino, sino consecuencia de la lujuria moderna. Así, lo que podríamos haber tomado por función reproductora específica se somatiza de forma expresa. Véase "Les Chiasmés de Pierre Roussel", en Michèle le Doeuff, *Recherches sur l'imaginaire philosophique*, París, Payot, 1980, pág. 190 y siguientes. Discuto más adelante el papel del huevo y el espermatozoide en la comprensión de la diferencia.

tema nervioso— fueron diferenciadas de forma que se correspondieran al hombre y la mujer culturales. Como el propio cuerpo natural pasó a ser la regla de oro del discurso social, los cuerpos de las mujeres —el sempiterno otro— se convirtieron en campo de batalla para la redefinición de la antigua e íntima relación social básica: la de la mujer con el hombre. Los cuerpos de las mujeres, en su concreción corporal, científicamente accesible, en la misma naturaleza de sus huesos, nervios y, lo que es más importante, órganos reproductores, hubieron de soportar una nueva y pesada carga de significado. En otras palabras, se inventaron los dos sexos como nuevo fundamento para el género.

El pretendido desapasionamiento de la mujer fue una de las muchas manifestaciones posibles de este sexo recién creado. El orgasmo femenino, que había sido la señal del cuerpo de que se había producido una generación feliz, fue desterrado a las fronteras de la psicología, como significativo sin significado. No cuestionada previamente, la culminación orgásmica habitual en la relación sexual se convirtió en tema importante de debate. La afirmación de que las mujeres carecían de pasión, o alternativamente, la proposición de que, como seres biológicamente definidos, poseían en un grado extraordinario, mucho mayor que el del hombre, la capacidad de controlar la furia bestial, irracional y potencialmente destructiva del placer sexual, y, por supuesto, el nuevo interrogante sobre la naturaleza y cualidad del placer femenino y la atracción sexual, todo formaba parte de un gran esfuerzo para descubrir las características anatómicas y fisiológicas que distinguían a los hombres de las mujeres. El orgasmo pasó a ser protagonista en el juego de las nuevas diferencias sexuales.

Todo esto no sucedió de repente, ni en todas partes al mismo tiempo, ni significó un cambio permanente. Cuando hacia 1740, la joven princesa María Teresa estaba preocupada porque no se había quedado inmediatamente embarazada tras su matrimonio con el futuro emperador de Habsburgo, su médico le respondió con un consejo que poco difería del que Sorano podía haber ofrecido a una matrona romana: "Ceterum censeo vulvam Sanctissimae Majestatis ante coitum esse titi-

andum" (Además, creo que la vulva de Su Muy Santa Ma-  
stad debería ser excitada antes del coito.) Más tarde dio a  
iz más de una docena de niños<sup>3</sup>. Los médicos del siglo XIX y  
e comienzos del XX podían ofrecer poco más, e incluso hoy  
s médicos deben desengañar a los pacientes de creencias  
n viejas como Hipócrates:

Querido Dr. Donohue: Me da vergüenza preguntár-  
selo a mi médico: ¿Sólo se produce el embarazo cuando  
se tiene un orgasmo?

*Respuesta:* El embarazo se produce cuando el esper-  
ma se encuentra con un huevo y lo fertiliza. El orgasmo  
no tiene nada que ver con eso<sup>4</sup>.

En cuanto al modelo unisexo, sigue vivo todavía. En los  
glos XVIII y XIX, obras como *Aristotle's Masterpiece* y *The  
rt of Conjugal Love*, de Nicholas Venette, o en menor me-  
da los *Secrets of Women* del Pseudo Alberto Magno, trans-  
itieron el saber galénico a cientos de miles de lectores pró-  
nos, al margen de lo que los médicos pudieran pensar. Y en

<sup>3</sup> Citado en V. C. Medvei, *A History of Endocrinology*, Cambridge,  
MIT Press, 1982, pág. 357. En Holme, Yorkshire, durante el siglo XVIII,  
n pastor trató de seducir a una de sus feligresas después de un bautizo,  
ciendo a la así llamada Martha Haight "que podía arriesgarse a sufrir  
ie él tomara el placer del cuerpo de ella, porque al estar ebrio no podría  
erjudicarla", expresión en la que perdura la antigua teoría de que el calor  
traordinario secaba los elementos genésicos (Borthwick Institute, MS  
VII.I.360.1716). Los periódicos londinenses de mediados del siglo XVIII  
publicaban todavía muchos anuncios de elixires que daban calor para cu-  
r la esterilidad, inducir abortos o provocar cualquier efecto que precisara  
e calor adicional.

<sup>4</sup> Dr. Paul G. Donohue, columna de agencia, 10 de noviembre de 1987.  
gradezco a Bonnie Smith que me enviara este recorte. La respuesta del  
édico elude la cuestión. Hasta los años treinta de este siglo, la cuestión  
a, y en alguna medida sigue siéndolo, si el orgasmo juega en las mujeres  
n papel significativo en la ovulación, como sucede en algunos mamíferos.  
l sistema llamado de "elección de sexo" (*gender-choice*) observa que "el  
gasmo femenino no es necesario, pero aumentará la probabilidad de te-  
er un varón". El orgasmo femenino está fuertemente contraindicado para  
ncebir una niña. Véase *Mother Jones*, diciembre de 1986, pág. 16.

contextos muy variados, los propios médicos hablaban tam-  
bién en el lenguaje del modelo unisexo (como aquellos que  
temían que las mujeres alemanas que trabajaban en ocupacio-  
nes poco femeninas se convirtieran en *Mannweiber*, en muje-  
res hombrunas)<sup>5</sup>.

Hay dos formas de explicar cómo los dos sexos moder-  
nos, tal como los imaginamos, fueron inventados y continúan  
siéndolo: una es epistemológica y la otra, hablando en gene-  
ral, es de carácter político<sup>6</sup>. La explicación epistemológica, a  
su vez, tiene al menos dos formulaciones. La primera forma  
parte de la historia en la que los hechos se distinguen con ma-  
yor claridad de la ficción, la ciencia frente a la religión, la ra-  
zón frente a la credulidad. El cuerpo es el cuerpo, decía con  
toda autoridad un grupo nuevo de autodenominados expertos,  
y sólo puede hacer determinadas cosas. Los monjes que dan  
de mamar, las mujeres que nunca comen y exhalan una dulce  
fragancia, los cambios de sexo según los caprichos de la ima-  
ginación, los cuerpos que en el paraíso no muestran difern-  
cias sexuales, los partos monstruosos, las mujeres que paren  
conejos, y mucho más, eran materia del fanatismo y la su-  
perstición, mientras no estuvieran mucho más allá de los lí-  
mites de la razón, porque entonces no serían imaginables. El  
escepticismo no fue creado en el siglo XVIII, pero en esa épo-  
ca se agudizó mucho la separación entre posible e imposible,  
entre cuerpo y espíritu, entre verdad y falsedad, y, por tanto,  
también entre sexo biológico y género histriónico.

La segunda parte de la explicación epistemológica es en  
esencia la que da Foucault: el episteme "en el que signos y si-  
militudes se imbrican entre sí en una espiral sin fin", en el  
que "la relación de microcosmos a macrocosmos debería con-

<sup>5</sup> Véase Ursula Heckner-Hagen, "Women White Collar Workers in  
Imperial Germany, 1889-1914: *Des Verband für weibliche Angestellte*",  
tesis, University of California, Davis, 1978, pág. 62.

<sup>6</sup> Como es natural, ambas explicaciones están relacionadas. El éxito  
de los médicos a expensas de los clérigos, en tanto que expertos en mora-  
lidad pública, es consecuencia de los desarrollos políticos que hizo posi-  
ble la revolución epistemológica.

cebirse como garantía del conocimiento y límite de su expansión”, concluyó a finales del siglo XVII<sup>7</sup>. Todas las formas complejas en que las semejanzas entre cuerpos, y entre cuerpos y cosmos, confirmaban un orden jerárquico universal, se reducían a un solo plano: la naturaleza. En un mundo de explicación reduccionista, lo que importaba era el fundamento llano, horizontal e inmutable del hecho físico: el sexo.

Dicho de otro modo, la labor cultural que en el modelo de una carne había hecho el género se volcaba ahora en el sexo. Aristóteles no necesitó hechos de la diferencia sexual para apoyar la tesis de que la mujer era un hombre menor; se seguía esto de una verdad *a priori*, a saber, que la causa material es inferior a la causa eficiente. Por supuesto, en la vida cotidiana hombres y mujeres se identificaban por sus características corporales, pero la afirmación de que en la generación el varón era la causa eficiente y la hembra la causa material no era físicamente demostrable en principio; era por sí misma una reafirmación de lo que *significa* ser hombre o mujer. Por ello, la naturaleza concreta de los ovarios o el útero era sólo incidental para la definición de la diferencia sexual. En el siglo XVIII ya no era ése el caso. La matriz, que había sido una especie de falo negativo, se convirtió en útero —órgano cuyas fibras, nervios y vascularización proporcionaban explicación y justificación naturalista al estatus social de las mujeres.

Sin embargo, el contexto para la formulación de dos sexos inconmensurables no residía ni en la teoría del lenguaje ni en los avances del conocimiento científico. El contexto era político. En la esfera pública notablemente ampliada del siglo XVIII, y en particular en el periodo postrevolucionario del XIX, hubo luchas inacabables por el poder y la posición: entre hombres, y también entre hombres y mujeres; entre feministas, pero también entre feministas y antifeministas. Cuando por múltiples razones el orden trascendental preexis-

<sup>7</sup> Michel Foucault, *The Order of Things: An Archaeology of the Human Senses*, Nueva York, Pantheon, 1971, págs. 32, 54-55. Mi intención es ver esto como un desarrollo más general del que hace Foucault; la nueva episteme clásica subsistió subyacente en la ciencia del siglo XIX.

tente o costumbres arrastradas desde tiempo inmemorial tienen una justificación cada vez menos plausible para las relaciones sociales, el campo de batalla de los roles del género se trasladó a la naturaleza, al sexo biológico. Las diferencias en la anatomía sexual se adujeron en favor y en contra de todo tipo de reivindicaciones en una amplia gama de contextos concretos, sociales, económicos, políticos, culturales y eróticos. (El deseo del hombre por la mujer y de la mujer por el hombre era natural —de aquí el nuevo lema de la “atracción de los opuestos”— o no lo era.) Cualquiera que fuera la solución que se adoptara, el cuerpo era decisivo para ella.

Pero no triunfó ninguna explicación de la diferencia sexual. Podía darse el caso de que hubiera casi tanta gente que creyera que las mujeres son iguales a los hombres ante la pasión, que la que sostuviera la opinión contraria<sup>8</sup>. Simplemente ignoramos cuántos creían con Pierre Roussel, antropólogo moral del siglo XVIII, y con Elizabeth Wolstenholme, feminista inglesa del siglo XIX, que la menstruación era una patología contingente de la civilización, y cuántos creían lo contrario, que la menstruación mostraba el poder del útero sobre la vida de las mujeres y era, por tanto, una base natural de la diferencia del género<sup>9</sup>. Había quienes pensaban que las mujeres de color eran especialmente sensibles a la sexualidad a causa de la estructura de sus genitales, mientras otros pensaban que lo rudimentario de su sistema nervioso y la sequedad de sus mucosas daban como resultado “la falta de sensibilidad genital”<sup>10</sup>.

<sup>8</sup> A diferencia de Peter Gay, *Education of the Senses*, Nueva York, Oxford University Press, 1984, por ejemplo, yo no tengo interés en dilucidar qué posición prevalecía o cuál describía mejor la realidad.

<sup>9</sup> Sobre el sustrato político de la tesis de Wolstenholme, véase Sheila Jeffreys, *The Spinster and Her Enemies*, Londres, Pandora, 1985, páginas 28-35, esp. 34-35.

<sup>10</sup> Esta idea de la sensibilidad genital exaltada se remonta a la Antigüedad. La posición contraria forma parte de una nueva discusión racista sobre la supuesta insaciabilidad sexual de los hombres negros, sobre la relación de hombres blancos con mujeres negras, etcétera. Véase la relativamente pornográfica *Untrodden Fields of Anthropology*, debida a autor

Sería interesante estudiar la micropolítica de esas explicaciones alternativas, pero sin perder de vista que los verdaderos términos del debate son nuevos: la diferencia que se había expresado con referencia al género viene ahora a expresarse con referencia al sexo, a la biología. Con anterioridad a las postrimerías del siglo XVII no había libros con títulos tales como *De la femme sous ses rapports physiologiques, moraux et littéraires* o *De la puberté... chez la femme, au point de vue physiologique, hygiénique et medical*, que hablaran tan explícitamente de los fundamentos biológicos del orden moral. En los siglos siguientes hubo cientos, si no miles, de ellos que exploraban las diferencias sexuales.

Los científicos hicieron algo más que ofrecer datos neutrales a los ideólogos. Comprometieron su prestigio en la empresa; descubrieron aspectos ignorados de la diferencia sexual o aportaron testimonios de los mismos. Además, la política del género afectó muy claramente no sólo a la interpretación de datos clínicos o de laboratorio, sino también a su producción. Por otra parte, se abrieron nuevas líneas de investigación que produjeron buen número de conocimientos sobre la anatomía del cuerpo masculino y femenino y sobre su desarrollo hasta la madurez, sobre la naturaleza de la ovulación y la producción de esperma, sobre la concepción, la menstruación, y en los años 1920 y 1930, sobre el control hormonal de la reproducción en general. En las primeras décadas de este siglo aumentó de forma considerable la capacidad de la ciencia para predecir y efectuar con éxito el apareamiento, tanto en hombres como en animales. En resumen, la biología de la reproducción hizo serios progresos en su comprensión del sexo y no fue ya meramente una empresa "inmadura" al servicio de intereses sociales contradictorios.

---

anónimo que firma como Dr. Jacobus. Nueva York, Falstaff Press, ca. 1900, págs. 125, 238-239. En general se aprecian importantes paralelismos entre las discusiones de las diferencias sexuales y raciales que siguen al siglo XVIII, puesto que se trata en todo caso de encontrar fundamentos biológicos a la ordenación social.

Pero mi propósito ahora es resaltar que los nuevos conocimientos sobre el sexo no respaldan en modo alguno las tesis sobre la diferencia sexual hechas en su nombre. Ningún descubrimiento singular o grupo de descubrimientos provocó el nacimiento del modelo de dos sexos, precisamente por las mismas razones que los descubrimientos anatómicos del Renacimiento no desplazaron al modelo unisexo: la naturaleza de la diferencia sexual no es susceptible de comprobación empírica. Es lógicamente independiente de los hechos biológicos, porque una vez incorporados éstos al lenguaje de la ciencia constituyen también el lenguaje del género, al menos cuando se aplican a una interpretación culturalmente importante de la diferencia sexual. En otras palabras, casi todas las afirmaciones relativas al sexo están cargadas desde el principio con la repercusión cultural de las mismas propuestas. Pese al nuevo estatus epistemológico de la naturaleza como sustrato de las distinciones y pese a la acumulación de hechos sobre el sexo, la diferencia sexual no fue más estable en los siglos que siguieron a la revolución científica de lo que antes había sido. Dos sexos inconmensurables eran, y son, productos culturales, en la misma medida que lo era, y es, el modelo unisexo.

En este capítulo y en el siguiente trataré de mostrar de forma negativa que los nuevos descubrimientos científicos no hicieron abandonar el viejo modelo y adoptar el nuevo. El modelo de un sexo, insisto de nuevo en ello, no murió. Pero se encontró con una alternativa poderosa: una biología de lo inconmensurable en la cual la relación entre hombres y mujeres no era inherente a la igualdad o desigualdad, sino más bien a la diferencia, lo cual requería una interpretación. Dicho de otro modo, el sexo sustituyó a lo que podríamos llamar género como categoría fundacional básica. De hecho, quedó constituido un marco en el que se distinguían claramente lo natural y lo social.

A finales del siglo XVII y en el XVIII, la ciencia otorgó una sustancia material, aceptable en términos de la nueva epistemología, a las categorías de “hombre” y “mujer”, consideradas como sexos biológicos opuestos e incommensurables. Puede apreciarse esto en giros sutiles del lenguaje. En Buffon, naturalista enciclopedista de la Ilustración, se aprecia un movimiento de vaivén como si se encontrara abocado a una transformación trascendental: la peculiar correspondencia entre las partes de la generación y el resto del cuerpo podía llamarse (con los antiguos) “simpatía” o (con los modernos) “una relación desconocida en la acción de los nervios”<sup>11</sup>. Un concepto de orden y coherencia se ve reemplazado por un cableado tendido en los cuerpos.

Mas en general, a finales del siglo XVII, las diversas corrientes intelectuales que hicieron posible la transformación del conocimiento humano denominada revolución científica —baconianismo, mecanicismo cartesiano, epistemología empirista, síntesis newtoniana— habían socavado radicalmente toda forma galénica de comprender el cuerpo en relación con el cosmos<sup>12</sup>. Significó esto, entre otras cosas, el abandono de

<sup>11</sup> Comte George Louis Leclerc de Buffon, *Natural History*, Londres, 1807, original en francés, 44 vols., 1749-1804, 4.34.

<sup>12</sup> Sobre el ocaso del galenismo como modelo para organizar los conocimientos sobre el cuerpo, véase Oswei Temkin, *Galenism: Rise and Decline of a Medical Philosophy*, Ithaca, Cornell University Press, 1973, cap. 4. La terapéutica galénica no sufrió un ocaso paralelo. Las indagaciones del *coroner* de Westminster, en el Londres de finales del siglo XVIII, ponen de manifiesto que la sangría era todavía el primer auxilio recomendado en casos que van desde el ahogado y el suicida que se ahorca, hasta las heridas en la cabeza con hemorragia copiosa. La medicina americana de los dos primeros tercios del siglo XIX estuvo todavía dominada por terapias esencialmente galénicas para restablecer el equilibrio natural, y a principios del siglo XIX se observó en Francia un importante resurgimiento hipocrático. Sobre América, véase John Harley Warner, *The Therapeutic Perspective*, Cambridge, Harvard University Press, 1986, págs. 83-92.

los isomorfismos anatómicos entre hombre y mujer, y también la purga en el lenguaje científico de las viejas metáforas que habían vinculado la reproducción con otras funciones corporales, con el mundo natural y la gran cadena del ser. Ya no era admisible ver la generación en términos de cuajo y queso; hierro e imán perdieron su resonancia como metáforas del semen y la matriz. El pene como arado y la matriz como campo no convencían ya al público de la Ilustración como imagen de la relación sexual fructuosa. Los viejos cuadros extraídos de la agricultura —la vagina como órgano “rugoso en su interior, semejante a la piel de la mandíbula superior de una vaca”— desaparecieron de obras dedicadas a una audiencia con conocimientos complejos<sup>13</sup>. Incluso el término “generación”, que sugería la repetición cotidiana del acto de la creación divina con su acompañamiento de calor y de luz, dio paso al término “reproducción”, de connotaciones menos milagrosas y más mecánicas, aunque no captara del todo el virtuosismo de la naturaleza. Como decía Fontenelle, “Pon una Máquina de Perro junto a una Máquina de Perra y quizá tengas más tarde una Maquineta, mientras que si pones juntos dos Relojes nunca producirán un tercer Reloj”<sup>14</sup>. Es bien conocida la importancia en el siglo XVIII de las nuevas teorías del conocimiento en general, y en particular con respecto al cuerpo. La raza científica, por ejemplo —la idea de que al de-

<sup>13</sup> Para una explicación de este cambio de imágenes en la literatura médica popular, véase Robert A. Erickson, “‘The Books of Generation’: Some Observations on the Style of the English Midwife Books, 1671-1764”, en Paul-Gabriel Bouche, ed., *Sexuality in Eighteenth-Century Britain*, Manchester, Manchester University Press, 1982.

<sup>14</sup> Para la relación entre “generación” y “reproducción”, véase François Jacob, *La lógica de lo viviente*, cap. 1 [referenciada en n. 47 del Cap. 1]. La cita procede de Bernard de Fontenelle, *Letras galantes: Œuvres*, 1.322-323, en Jacob, pág. 63. De hecho, las opiniones preformacionistas dominantes no implicaban estrictamente la reproducción: en cierto sentido, en este esquema nada se reproducía o generaba, sino que meramente crecía a partir de algo ya existente. El término “reproducción” se aplicó en primer lugar a la capacidad de los pólipos y criaturas similares para producir un apéndice perdido.

mostrar la creación separada de varias razas (poligénesis) o bien simplemente al ilustrar la diferencia, la biología podría justificar el estatus diferencial frente a la “igualdad natural”—se desarrolló al mismo tiempo y como respuesta a los mismos tipos de presiones que el sexo científico<sup>15</sup>. Las afirmaciones del tipo de que los negros tenían nervios más fuertes y toscos que los europeos porque tenían cerebros más pequeños, y que esos hechos explicaban la inferioridad de su cultura, son paralelas a las que mantienen que el útero predispone naturalmente a las mujeres a la vida casera<sup>16</sup>. Quiero reconocer aquí sencillamente que mi historia concreta forma parte de lo que sería una historia más general de categorías biológicas exclusivas, en relación con la cultura.

Poullain de la Barre, uno de los primeros autores de la nueva orientación, ilustra el giro hacia la biología al hundirse el viejo orden de hombre y mujer. En su caso, el impulso hacia la biología es doble. En primer lugar, De la Barre está comprometido con la premisa cartesiana de que el yo es el sujeto pensante, la mente, que radicalmente no es cuerpo. Se sigue de ello que la mente, ése yo incorpóreo, carece de sexo, y en efecto puede no tenerlo. El género, división social entre hombres y mujeres, debe en consecuencia fundamentarse en la biología, si es que debe tener fundamento. Su versión del escepticismo radical de Descartes le conduce a la misma conclusión. Enumera una lista de ideas que los ignorantes tienen por incuestionables: que el sol se mueve alrededor de la tierra; que la religión tradicional es la verdadera; que la desigualdad del hombre en general se muestra en la “disparidad

de los bienes y condiciones”. Y, “entre esas extrañas opiniones”, escribe, “no hay error más antiguo o universal” que “el parecer común sobre la diferencia de los dos sexos, y de todo lo que de ella depende”; ignorantes y sabios al unísono parecen pensar que sería “paradójico y singular” que la mujer pudiera no ser inferior al hombre en “capacidad y mérito”<sup>17</sup>.

En otras palabras, las ideas habituales sobre la diferencia sexual podrían simplemente ser un error, como lo es ver una torre cuadrada como si fuera redonda. No se trata de una idea cartesiana “clara y distinta”, como lo hubiera sido para Aristóteles, sino más bien una cuestión sobre la que se puede decidir sobre las mismas bases con las que se juzga si el sol es el centro del sistema solar<sup>18</sup>. Dado que la diferencia sexual es materia empírica, una investigación nueva puede demostrar que es falsa incluso la convicción mantenida con mayor firmeza y en apariencia más sólida. Además, continúa De la Barre, hasta se pueden demostrar las causas precisas e históricamente explicables de las ideas erróneas: porque el tema “haya sido considerado con ligereza”; por motivos de “parcialidad”; por falta de “estudio o examen”. Tan pronto como se superan los prejuicios y la superficialidad con que ha sido tratada la diferencia sexual, pasa a ser competencia exclusiva de la biología la constitución de la categoría “sexo”. Para De la Barre, en concreto, la tarea es demostrar que las diferencias orgánicas correspondientes a las categorías sociales de hombre y mujer no importan, o no deberían importar, en la esfera pública. Para otros, el proyecto era precisamente el contrario. Pero cualquiera que sea la opción política, la estrategia es la misma: en realidad, el sexo está en todas partes porque la autoridad del género ha desaparecido<sup>19</sup>.

<sup>15</sup> Véase Philip Curtin, *The Image of Africa*, Madison, University of Wisconsin Press, 1964, págs. 28-57.

<sup>16</sup> Tomo esta tesis de S. T. von Soemmerring, *Über die Körperliche Verschiedenheit des Negers vom Europäer* (Francfort, 1788), pág. 67, que cita, además de sus propios estudios anatómicos —en sus colecciones se puede verificar lo que atribuye a diversas partes de los negros—, a un cierto Padre Charlevoix, quien informa sobre la capacidad mental seriamente limitada de los negros de Nueva Guinea: algunos son mudos y otros sólo pueden contar hasta tres.

<sup>17</sup> François Poullain de la Barre. *De l'égalité des deux sexes: Discours physique et moral*, 1673.

<sup>18</sup> Para Aristóteles no hay nada que pueda inducir al error cuando se afirma que la causa eficiente (la cual define al hombre) es superior a la causa material (que define a la mujer).

<sup>19</sup> En mi opinión, la nueva valoración que la Ilustración hace de la naturaleza, tal como se aplica a las mujeres, no fue siempre, ni incluso nor-

Los teóricos de la política, comenzando por Hobbes, han sostenido que no hay base en la naturaleza, en la ley divina o en un orden cósmico trascendente que justifique ningún tipo de autoridad —del rey sobre el vasallo, del amo sobre el esclavo o, tal como se desprende, del hombre sobre la mujer. Para Hobbes, como para Locke, una persona es en esencia un ser sensible, una criatura sin sexo cuyo cuerpo carece de relevancia política. Señalan ambos que, en definitiva, siempre son los hombres quienes están al frente de las familias y de las naciones. Son hombres, y no mujeres, quienes hacen el contrato social. Ambos quieren creer que la razón de la subordinación no se halla inscrita en el orden universal; no procede de razones pasadas de moda como la superioridad del espíritu sobre la materia o la dominación histórica que Dios concedió a Adán. Tampoco parece que deseen atribuirla a la “pura naturaleza”, en la que quizá sería más probable que un niño obedeciera a su madre que a su padre. De hecho parece haber surgido en tiempos históricos como consecuencia de una serie de conflictos que dejaron a las mujeres en posición inferior. Locke dice simplemente que puesto que “la última Determinación, la Regla, debería fijarse en algún punto, recayó naturalmente de parte del Hombre, *por ser más capaz y más fuerte*”<sup>20</sup>. En Hobbes resulta mucho menos claro y sólo se puede suponer que el hecho de tener hijos deja a la mujer en situación vulnerable, lo cual permite al hombre conquistar a la mujer y a los hijos y en consecuencia crear derechos paternales por contrato, por conquista, en términos hobbesianos<sup>21</sup>. En cualquier caso, es inflexible en cuanto a que los derechos paternales no deben proceder de la generación, como en el

malmente, conservadora, como apuntan Bloch y Bloch, sino abierta a una amplia gama de usos. Véase Maurice Bloch y Jean H. Bloch, “Women and the Dialectics of Nature in Eighteenth-Century French Thought”, en MacCormack y Strathem, eds., *Nature, Culture and Gender*, págs. 25-41.

<sup>20</sup> John Locke, *Two Treatises on Government*, ed. Peter Laslett, Cambridge, University Press, 1960, 1, párrafo 47, págs. 209-210.

<sup>21</sup> Esta es la interpretación de Carole Pateman (*Sexual Contract*, página 49) del argumento extremadamente oscuro del *Leviathan*.

viejo modelo. Por problemática que sea, la tendencia de la teoría inicial del contrato es hacer que la subordinación de las mujeres a los hombres sea resultado del funcionamiento de los propios *hechos* de la diferencia sexual, de sus implicaciones utilitarias. Lo que importa es la fuerza superior de los hombres o, lo que es más importante, la frecuente incapacidad de las mujeres, debida a sus funciones reproductoras<sup>22</sup>. En esas explicaciones, los cuerpos no son el signo, sino el fundamento de la sociedad civil.

Rousseau, argumentando contra Hobbes, adopta también un giro biológico. Hobbes, dice, se equivocó al utilizar las luchas de los animales machos para acceder a las hembras como prueba de la combatividad natural del estado humano primitivo. Es cierto, concede, que hay una amarga competencia entre las bestias por la oportunidad de aparearse, pero esto se debe a que las hembras rehúsan los intentos del macho durante buena parte del año. Supongamos que estuvieran accesibles sólo dos meses de cada doce: “esto equivaldría a que la población de hembras se redujera en cinco sextos”. Pero las mujeres no tienen tal periodo de abstinencia —el amor no es “nunca estacional” en la especie humana— y, por tanto, no hay una disponibilidad restringida; incluso entre los salvajes no existen los “periodos fijos de calor y exclusión” que producen en los animales “tan terribles momentos de pasión colectiva”<sup>23</sup>. La fisiología de la reproducción y la naturaleza del ciclo menstrual tienen aquí un enorme peso, al conceptuali-

<sup>22</sup> Para Locke, véase Lorenne M. G. Clark, “Women and Locke: Who Owns the Apples in the Garden of Eden?”, en Clark y Lynda Lange, eds., *The Sexism of Social and Political Theory*, Toronto, University of Toronto Press, 1979, págs. 16-40. Como es natural, no estoy de acuerdo con Clark en considerar el proyecto de Locke como una simple versión de esfuerzos anteriores por establecer la inferioridad de las mujeres; en realidad, creo que las pruebas útiles que ella aporta subrayan la novedad de los argumentos de Locke en apoyo de una tesis muy antigua.

<sup>23</sup> Jean-Jacques Rousseau, *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité*, París, Gallimard, 1964; existen diversas traducciones castellanas, entre ellas la de José López López, *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, Madrid, Aguilar, 1973.



zarse el estado de naturaleza en términos de las supuestas diferencias en la receptividad sexual de mujeres y bestias.

Y, por dar un último ejemplo, Tocqueville afirmaba que en Estados Unidos la democracia había destruido las viejas bases de la autoridad patriarcal y se hacía necesario trazar de nuevo y con gran precisión “dos líneas de acción claramente definidas para los dos sexos”<sup>24</sup>. En resumen, allá donde los límites se veían amenazados o aparecían otros nuevos, las diferencias sexuales fundamentales recién descubiertas proporcionaron los materiales adecuados.

Procedían de la ciencia. A finales del siglo XVIII, los anatomistas prepararon por vez primera ilustraciones detalladas de un esqueleto manifiestamente femenino, que documentaba el hecho de que la diferencia sexual no era un fenómeno epidérmico. Donde sólo había habido una estructura básica, había ahora dos<sup>25</sup>. En otro ámbito, el sistema nervioso aportaba la seguridad de que el cuerpo “era un campo de signos observables e internamente consistentes” y que es de las mujeres sería consecuencia de peculiaridades de las fibras femeninas<sup>26</sup>.

Gradualmente, los genitales, cuya posición había marcado un lugar del cuerpo en una escala teleológicamente masculina, fueron transformándose para convertirse en una manifestación de la diferencia inconmensurable. Podemos situar hacia finales del siglo XVII el hundimiento de las viejas representaciones. Bartholin, que en esta ocasión se opuso de modo

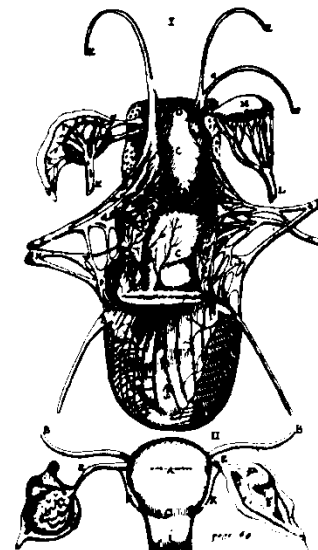


Fig. 51. El dibujo de arriba (I) muestra una matriz abierta en relación con las “piedras” y la vejiga. El de abajo (II), el cuerpo del útero y también las piedras, pero a diferencia de dibujos anteriores, no recoge la vagina.

De Bartholin. *Anatomy*

abierto a los isomorfismos galénicos, presentó en 1668 tres grabados distintos de los genitales femeninos: uno de ellos mostraba el sistema reproductor completo y con toda intención excluía la vagina y las partes pudendas externas; otro presentaba la matriz abierta en relación con las “piedras” (ovarios), de nuevo sin vagina; y finalmente uno que mostraba el clítoris como un pene, con la vagina abierta de modo que aquél, por su tamaño, poco recordaba un miembro viril (compárense las figuras 37 y 51). Aunque dichas imágenes contradicen la antigua interpretación de la mujer como hombre inferior, internalizado, los rótulos pertenecen en buena medida al viejo orden: las “piedras de la mujer” para los ovarios, los “vasos deferentes” para las trompas de Falopio, la curiosamente metafórica “funda o vaina de la matriz” para designar lo que había sido el cuello de la matriz y se había convertido en vagina. Aunque las viejas representaciones habían dejado de ser viables, aquí los genitales todavía no tenían el valor de significación que alcanzarían en las ilustraciones de la centuria siguiente.

<sup>24</sup> Alexis de Tocqueville, *De la démocratie en Amérique*, Paris, Garnier-Flammarion, 1981, 2.223. Hay diversas traducciones castellanas, entre ellas la de Dolores Sánchez de Aleu, *La democracia en América*, 2 vols., Madrid, Alianza, 1980.

<sup>25</sup> Véase Londa Schiebinger, *The Mind Has No Sex?*, Cambridge, Harvard University Press, 1989, págs. 191-200.

<sup>26</sup> Véase John Mullen, “Hypochondria and Hysteria: Sensibility and the Physicians”, *The Eighteenth Century*, 25.2 (1984), 141-174, esp. 142. Véase también Michel Foucault, *Histoire de la folie à l'âge classique*, Paris, Gallimard, 1972, para la relación entre simpatía y nervios, y entre simpatía y orden. Versión española de Juan José Utrilla, *Historia de la locura en la época clásica*, Madrid, FCE, 1979.

Hasta qué punto eran precarias las nuevas imágenes queda de manifiesto en la obra de Regnier de Graaf (1641-1673). Su descubrimiento del folículo ovárico facilitó las bases para muchas discusiones posteriores sobre la diferencia sexual, pero sus ilustraciones de los genitales femeninos eran más anticuadas que las de Bartholin. Toda la vagina se muestra todavía vinculada al cervix, como en los textos renacentistas, pero la descripción de De Graaf de la vagina abierta hasta la parte inferior del cuello y de los ovarios firmemente sujetos por sus ligamentos tiende a dar al conjunto un aspecto menos parecido al pene que las contrapartidas del siglo XVI y principios del XVII (fig. 52).

A finales del siglo XVII, el anatomista inglés William Cowper, como Bartholin, hizo dibujos separados para el clítoris, parte pudenda y “parte delantera de la *vagina uteri*”, y del útero, ovarios y trompas de Falopio. Los únicos indicios de la antigua fórmula son que incluye parte de la vagina, si bien “escindida como para mostrar su coloración”, en su imagen del útero (que disminuye así el efecto peneano) y que todavía no ha adoptado por completo la que será nomenclatura moderna (figs. 53-54).

En realidad, “vagina” o las palabras equivalentes (*schie-de, vagin*) para designar solamente la vaina u órgano hueco en el cual su *opuesto*, el pene, se introducía durante el coito y a través del cual nacen los niños, se incorporó a las lenguas vernáculas europeas hacia 1700. Otra nomenclatura genital también se hizo más específica y se fue cargando de significado. En un libro pornográfico de viajes fantásticos publicado en 1683, por ejemplo, el autor describe una isla con forma de mujer, que tenía poder sobre los hombres que la habitaban a través de su “suelo” y de su “humus”, pero no de sus partes sexuales. Sólo el vientre grávido y lo que debía de ser la uretra —no se nombra nunca— tenían referencias concretas. Pero hacia 1740, esa isla erótica está repleta de nombres modernos y directos de genitales: “los dos fuertes llamados Lba” (labios); “una metrópolis llamada Cltrs”<sup>27</sup>. Precisamente du-

<sup>27</sup> Atribuido a Charles Cotton, *Erotopolis: The Present State of Betty-*



Fig. 52. Útero, vagina y ovarios —todavía denominados testículos femeninos—, de Regnier de Graaf, *De mulierum organis generationi inservientibus* (1672). Si la vagina no apareciera seccionada y abierta, el grabado se parecería a dibujos anteriores realizados con intención de mostrar como isomórficos los órganos masculinos y femeninos

rante el periodo intermedio, la maraña lingüística ya desgastada, en la que se mezclaban palabras para matriz y escroto, pene y vagina, prepucio y vulva, fue desentrañada. Hasta entonces nuestros antepasados no habían necesitado distinguirlos. Desde entonces son inseparables de los idiomas, en buena medida científicos, a través de los cuales se incorporaron a nuestra subjetividad.

Los órganos que habían sido comunes a ambos sexos —los testículos— vinieron a tener su propio nombre como consecuencia del descubrimiento del esperma y el huevo, y pasaron a tener una relación de sinécdoque con su sexo respectivo. En algún momento del siglo XVIII, “testículo” pasó a designar sin ambigüedades la gónada masculina; ya no necesitaba de los modificadores “masculino” o “femenino”. Los “ovarios” ya no eran las “piedras femeninas” o los “testículos femeninos”, y pasaban a significar su equivalente femenino.

*Land* (Londres, 1684); Thomas Stretzer, *Merryland* (orig. 1740, Nueva York: Robin Hood House, 1932), 45-65. Agradezco estas referencias a Lisa Cody.

Además, el lenguaje abiertamente político de algunas descripciones anatómicas anteriores —la descripción de Zachia de un *beneficium* del clítoris conducía a un diagnóstico falso de hermafroditismo, por ejemplo— daba paso al lenguaje más clínico, centrado en el órgano, de la medicina del siglo XIX: el hermafroditismo “espúreo” debido al “desarrollo anormal o a la magnitud del clítoris”, puede leerse en un título dentro de una enciclopedia de comienzos de dicho siglo<sup>28</sup>.

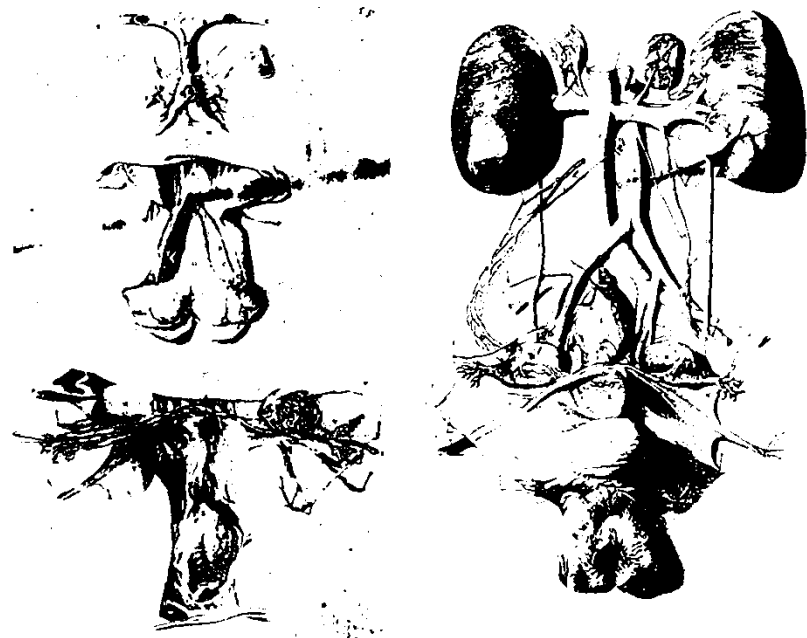
La nueva relación entre generación y placer sexual, y por tanto de la posibilidad biológica de una mujer sin pasión, tuvo también su origen a finales del siglo XVIII. En la década de 1770, el famoso experimentalista Lazzaro Spallanzani tuvo éxito en la inseminación artificial de un perro de aguas, lo cual puso de manifiesto que, al menos en un perro, no era necesario el orgasmo para la concepción<sup>29</sup>. Como observó un médico escocés, las jeringuillas “no comunican ni reciben regocijo”<sup>30</sup>. (El cirujano John Hunter había utilizado con anterioridad un instrumento similar para introducir el semen de un paciente que padecía un defecto uretral en la vagina de la esposa. Pero como el procedimiento se aplicó después de la relación sexual y con semen eyaculado en el momento, aunque no en el lugar, adecuado, el experimento tuvo poco valor probatorio sobre el papel del orgasmo femenino en la concepción.)<sup>31</sup>

<sup>28</sup> Robert B. Todd, *Cyclopedia of Anatomy and Physiology* (Londres, 1836-1839) 2.685-686, 684-738. Se aprecia un lenguaje análogo en la enciclopedia médica francesa más importante de la época.

<sup>29</sup> Lazzaro Spallanzani, *Experiences pour servir à l'histoire de la generation des animaux et des plantes* (Ginebra, 1785), párrafo 123.

<sup>30</sup> R. Couper, *Speculations on the Mode and Appearances of Impregnation in the Human Female* (Edimburgo, 1789), pág. 41.

<sup>31</sup> Sobre Hunter, véase Evard Home, “An Account of the Dissection of an Hermaphrodite Dog, to Which Are Prefixed Some Observations on Hermaphrodites in General”, *Philosophical Transactions*, 69 (1799), parte 2. Sobre la inseminación artificial en general, aunque sin referencia a su valor para comprender cómo funciona la concepción en la mujer, véase F. N. L. Poynter, “Hunter, Spallanzani, and the History of Artificial Insemination”, en Lloyd G. Stevenson y Robert P. Multhauf, eds., *Medicine, Science and Culture*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1968, págs. 99-113.



Figs. 53-54. Las diversas partes del sistema reproductor femenino y los genitales externos aparecen aquí por separado. La vagina está abierta, de modo que no tiene el aspecto de pene que el órgano cerrado presenta en las ilustraciones del Renacimiento. El clítoris, arriba, a la izquierda, se muestra también aislado y no se aprecia ningún esfuerzo, como antes sucedía, para que las partes pudendas exteriores se asemejen a un prepucio femenino. A la derecha figura el útero en relación con los riñones y su vascularización; la vagina no está representada. De William Cowper, *The Anatomy of Humane Bodies* (1697)

El embarazo consecuente a una violación proporciona el caso límite de la concepción de una mujer sin placer ni deseo. Samuel Farr, en el primer texto de medicina legal escrito en inglés (1785), exponía que “sin excitación de la libido, o satisfacción en el acto venéreo, probablemente no puede tener lugar la concepción”<sup>32</sup>. No importa lo que una mujer dijera haber sentido o la resistencia que hubiera presentado; la propia concepción denunciaba el deseo o al menos una medida suficiente de aquiescencia en el disfrute del acto venéreo. Éste es un argumento muy antiguo. En la Roma del siglo segundo, Sorano había dicho que “si algunas mujeres forzadas a mantener una relación sexual habían concebido... la emoción del apetito sexual existió en ambos, aunque estuviera oculta por decisión de la mente”, y nadie antes de la segunda mitad del siglo XVIII o principios del XIX puso en tela de juicio la base fisiológica de esta afirmación<sup>33</sup>. La edición de 1756 de la *Justice of the Peace*, de Burn, guía habitual de los magistrados ingleses, cita autoridades tan antiguas como los *Institutes* de Justiniano para afirmar que “una mujer no puede concebir a menos que dé su consentimiento”. Sigue diciendo, sin embargo, que en cuanto a materia legal, si no biológica, esta doctrina es dudosa<sup>34</sup>. Argumenta otro autor que el embarazo debería aceptarse como prueba de aquiescencia, puesto que el miedo, el terror y la aversión que acompañan a una verdadera violación impedirían la apari-

<sup>32</sup> Samuel Farr, *The Elements of Medical Jurisprudence*, Londres, 1785, págs. 42-43.

<sup>33</sup> Sorano. *Gynecology*, trad. Temkin, pág. 36. Sorano hace que esta afirmación parezca de sentido común añadiendo que “sucede lo mismo que en las mujeres que están de luto, en las que el apetito por los alimentos existe, aunque esté oscurecido por el pesar”.

<sup>34</sup> Richard Burn, *Justice of the Peace* (Londres, 1756), pág. 598. Cita una escuela de abogados que suscriben esta opinión, pero también se apoya en Hawkins en cuanto a que los efectos legales de dicha opinión son dudosos: “la violencia previa en ningún modo es atenuada por el consentimiento final”, porque si se siguiera esta regla, el juicio del agresor debería posponerse hasta que se determinara el embarazo, y finalmente la “filosofía de este concepto puede muy bien ponerse en duda”.

ción del orgasmo, haciendo así altamente improbable la concepción<sup>35</sup>.

En la práctica es dudoso que esos puntos de vista tuvieran mucho efecto sobre los tribunales<sup>36</sup>. Para empezar, algunas autoridades legales mantuvieron que la máxima de que “no puede haber violación si la mujer concibe”, no parecía tener fuerza de ley<sup>37</sup>. Además, por la dificultad de probar una violación, y más en general por la indulgencia en materias de violencia personal, sólo las violaciones más sonadas y repugnantes llegaban a juicio: ataques a muchachas muy jóvenes o mujeres embarazadas, violaciones de damas por sus criados, casos en que se transmitían enfermedades venéreas o con resultado de mutilación<sup>38</sup>. En tales casos, los detalles de si hubo orgasmo probablemente no eran relevantes. En definitiva, se sabía que el argumento del embarazo no era del todo fiable. Un médico exponía en 1823 que la concepción era posible incluso cuando la relación sexual era involuntaria o con un hombre hacia el que la mujer sentía repugnancia porque ambos estados pueden conducir a un “tono tan elevado de orgasmo constitucional” como para hacer posible la ovulación. El orgasmo aquí en cuestión —la turgescencia de los órganos reproductores— no precisa de sentimiento o deseo para que se produzca<sup>39</sup>.

Pero hacia 1820 las doctrinas médicas sobre las que se basaban las definiciones legales de la violación habían cam-

<sup>35</sup> Citado en J. S. Forsyth, *A Synopsis of Modern Medical Jurisprudence* (Londres, 1829), págs. 499-500.

<sup>36</sup> A pesar de ello, en fecha tan tardía como 1865, un destacado médico forense daba cuenta de que los abogados de los violadores hacían uso del hecho del embarazo en la defensa de sus clientes, y se mostraba preocupado porque si los jurados tomaban en serio dichos argumentos, podrían producirse grandes injusticias. Susan Edwards, *Female Sexuality and the Law*, Oxford, Robertson, 1981, pág. 124.

<sup>37</sup> Matthew Hale (1609-1676), *Historia placitorum coronae*, pág. 631; primera ed. americana, *History of the Pleas of the Crown* (Filadelfia, 1847).

<sup>38</sup> Sobre los procesos de violación, véase Anna Clark, *Women's Silence, Men's Violence*, Londres, Pandora, 1987.

<sup>39</sup> John Mason Good, *The Study of Medicine* (Boston, 1823), 4.100.

biado radicalmente. La idea de que violación y embarazo eran incompatibles fue denunciada, en un texto ampliamente citado, como algo que no era sino “una declaración fuera de lugar de los legisladores antiguos”, una “idea del vulgo, de la que personas ignorantes inferían todavía que la mujer había consentido, puesto que estaba embarazada”, añadiendo así un estigma inmerecido a las otras cargas de la infortunada víctima del crimen<sup>40</sup>. Mientras que la edición de Burn del siglo XVIII antes citada era vaga en cuanto a la cuestión científica de si la concepción descartaba la violación, su versión del siglo XIX afirmaba de forma inequívoca que la idea era absurda, que sería sorprendente que “cualquiera cuya educación e intelecto fueran superiores a los de una anciana niñera” creyera todavía en ello. Pese a lo que el vulgo pudiera haber creído —y, como antes apuntaba, podía muy bien seguir creyendo en el fondo la gente corriente de forma tácita, según viejas ideas que aún circulaban ampliamente en libros y cotilleos—, el mundo culto rechazaba con firmeza los vínculos entre placer femenino y concepción. No significa esto que los expertos abrazaran la hipótesis de que las mujeres pudieran ovular con independencia de la relación sexual, la cual permaneció controvertida durante todo un siglo. El hecho reside más bien en que las mujeres pudieran experimentar la tensión de la relación sexual e incluso el orgasmo, en el sentido decimonónico de la palabra, como turgescencia o presión, sin ninguna sensación concomitante. Los ovarios, en otras palabras, podían funcionar no sólo sin influencia de la propia conciencia, sino también sin signo fenoménico alguno. “La compulsión física... suficiente para inducir el estado requerido” era todo lo que los ovarios necesitaban<sup>41</sup>.

Incluso a finales del siglo XVIII, algunos autores habían dicho que no existía relación entre las cualidades erógenas de

<sup>40</sup> J. A. Paris y J. S. M. Fontblanque, *Medical Jurisprudence* (Londres, 1823), 1.436-437.

<sup>41</sup> T. R. Beck, *Elements of Medical Jurisprudence* (Londres 1836, 6.<sup>a</sup> ed.), pág. 109. Beck admite que “no sabemos, ni probablemente sabremos nunca, qué es lo necesario para causar la concepción”.

los genitales externos femeninos y la compleja tarea que se desarrollaba en el interior. Decía uno que la “susceptibilidad lasciva” de los órganos externos era materialmente inútil para la generación; otro resaltaba la “organización de la vagina a efectos de provocar excitación y placer”, sólo para concluir esta observación con el *non sequitur* de que “puede acomodarse y se acomoda al tamaño necesario para abrazar estrechamente el pene en la cópula”<sup>42</sup>. Un importante texto de obstetricia decía de paso que no trataría del clítoris y otros órganos externos porque eran irrelevantes para una comadrona<sup>43</sup>. De este modo, aunque en esos y muchos otros textos similares los médicos no planteaban directamente la cuestión de si las mujeres tenían sensaciones sexuales o experimentaban orgasmos, consideraban esas circunstancias contingentes para el orden de las cosas. Al no ser ya necesarios para la concepción, pasaron a ser algo que las mujeres podían tener o no tener, un debate obstinado e intrascendente más bien que algo que durante tanto tiempo se había reconocido importante.

Y nosotros no debemos dar por reconocidos los términos en que la ciencia definía los nuevos sexos. Afirmaba que el cuerpo aportaba un fundamento sólido, un *locus* causal, para el significado del hombre y la mujer. La dificultad se encierra aquí no en la verdad o falsedad empírica de los puntos de vista biológicos específicos, sino en la propia estrategia de la interpretación. Después de la Revolución científica, la diferencia sexual no era consecuencia de la anatomía, como tampoco lo había sido en el mundo de sexo único.

#### LA APORÍA DE LA BIOLOGÍA

*La estética de la diferencia anatómica.* Es evidente que la anatomía, y en general la naturaleza tal como la conocemos,

<sup>42</sup> Couper, *Speculations*, pág. 40; E. Sibley, *Medical Mirror* (Londres, ca. 1790), pág. 15.

<sup>43</sup> Thomas Denman, *An Introduction to the Practice of Midwifery* (Londres, 1794), 1.73-74.

no está compuesta de hechos puros, no adulterados por pensamientos o convenciones, sino que es más bien una estructura francamente compleja, basada no sólo en la observación, sino en toda una gama de condicionantes sociales y culturales que afectan a la práctica científica, así como también a la estética de la representación. Lejos de ser los fundamentos del género, los cuerpos masculino y femenino son por sí mismos, en los libros de anatomía de los siglos XVIII y XIX, artefactos cuya producción forma parte de la historia de la época.

No quiere esto decir, como hemos visto en el Capítulo III, que no pueda juzgarse si un texto o ilustración de anatomía es más o menos preciso. Existe el progreso en anatomía. Hay límites a la imaginación científica. Vesalio *estaba* equivocado al dibujar la *rete mirabile* en humanos, aunque su ilusión por verla es comprensible en el contexto de la fisiología galénica. Normalmente no hay orificios en el tabique del corazón, como pensaban en el Renacimiento los anatomistas, aunque otra vez no es difícil ver como orificio claro el *foramen ovalis*, presente en la cuarta parte de los casos, y la miriada de espacios entre las *trabeculae corneae* que soportan las válvulas podrían tomarse por orificios que comunican los lados derecho e izquierdo. Los ovarios *son* estructuralmente distintos de los testículos, aunque no tanto en la apariencia de su superficie externa como hubieran deseado los primeros textos.

Pero todas las ilustraciones anatómicas, históricas o contemporáneas son abstracciones, son mapas de una realidad desconcertante e infinitamente variada. Las representaciones de características que pertenecen en especial al hombre o a la mujer, debido a las graves consecuencias sociales de las distinciones, son dictadas sobre todo por el arte y la cultura. Como los mapas, las ilustraciones anatómicas prestan atención a una característica concreta o a una serie particular de relaciones espaciales. Para cumplir su función adoptan un punto de vista —incluyen ciertas estructuras y excluyen otras; eliminan el cúmulo de materiales que llenan el cuerpo— como puede ser la grasa, el tejido conjuntivo, y “variaciones insignificantes” que carecen de nombre o identidad individual. Sitúan el cuerpo en relación con la muerte, con el



Fig. 55. Fotografía del útero y de los ovarios desde arriba, tomada sobre órganos embalsamados

mundo terrenal o con una cara identificable; o bien no lo hacen, como en los textos modernos. Como muestran las figuras 10-16, la situación social de los cadáveres fue antes mucho más rica y variada de lo que vino a ser en el siglo XIX. Los compiladores de textos de anatomía emplean o rechazan técnicas de grabado o de pintura para obtener efectos especiales. En resumen, las ilustraciones anatómicas son representaciones de la comprensión histórica concreta del cuerpo humano y de su lugar en la creación, y no sólo del estado particular del conocimiento de sus estructuras.

Así, por ejemplo, las figuras 20-26 prestan a la vagina el aspecto del pene y no son incorrectas por subrayar una relación entre los órganos reproductores femeninos que los anatomistas decidieron desechar desde finales del siglo XVII; ni, a la inversa, son más correctas las ilustraciones del siglo XVIII (figs. 51-54), por no resaltar dicha relación. A partir de láminas modernas podrían producirse imágenes semejantes a las renacentistas (figs. 28-29).

Pero el margen de interpretación inherente a cualquier ilustración anatómica se hace evidente en contextos menos controvertidos. Consideremos, por ejemplo, la figura 55, fotografía del útero y los ovarios desde arriba y de frente. No puede calificarse de ideológica, pero es muy selectiva. No hay sangre ni ningún otro fluido en la imagen; se ha eliminado casi toda la grasa y el tejido conjuntivo; el cuerpo en que reside el órgano apenas se ve; el tono es frío y neutro. Todo ello contrasta con dos dibujos del mismo tema. El primero (fig. 56), preparado para ilustrar lo que equivocada-

mente se creía un huevo humano, casi parece un paisaje de Caspar David Friedrich. Valles sombreados surcan los gruesos ligamentos del útero; las trompas de Falopio asemejan flores exóticas que sobresalen entre nubes ondulantes. El segundo (fig. 57) procede de un texto moderno que sigue la tradición del dibujo esquemático, casi arquitectónico, del gran anatomista alemán Jacob Henle, para mostrar solamente características concretas de un órgano que se resalta para la ocasión. Casi no hay sombras ni sensación de textura; el tono, como en la fotografía, es distante y científico; ningún efecto empaña su supuesta objetividad; no existe la sensación de que se trate del órgano de una persona. La ilustración final del mismo órgano (fig. 58) se inscribe en un nivel de abstracción todavía mayor. Se trata de un cianotipo, del estilo de las copias de planos, dibujado para mostrar una característica con-

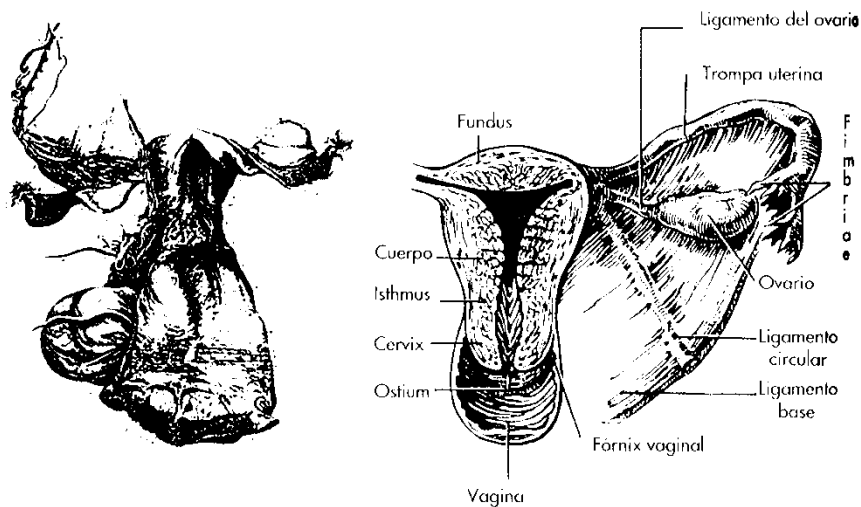


Fig. 56 (izqda.). Dibujo muy detallado del útero, trompas de Falopio y ovarios, publicado en el número 107 de las *Philosophical Transactions* (1817). Apréciase la forma en que las estructuras parecen batidas por el viento y el efecto dramático que crean las sombras

Fig. 57 (dcha.). Dibujo moderno de las estructuras representadas en la figura 56, considerablemente menos elaborado y más abstracto

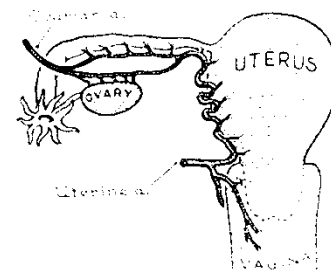


Fig. 58. Dibujo esquemático moderno del útero, ovarios y trompas de Falopio

creta de la estructura en cuestión, sin esfuerzo alguno por situarla en un contexto, como si el órgano fuera una máquina. No quiero afirmar que estas imágenes sean ideológicas en el sentido de que distorsionen abiertamente la observación en beneficio de una u otra posición política. Simplemente deseo subrayar lo que ya está bien establecido en la crítica de arte: las imágenes son producto de una actividad social que consiste en crear imágenes y llevan las complejas marcas de sus orígenes.

Cuando las ilustraciones anatómicas reivindican un estatus canónico, cuando anuncian que representan *el* ojo humano o *el* esqueleto femenino, entonces están todavía más directamente implicadas en la cultura que las produce. La anatomía idealista, como el idealismo en general, debe postular una norma trascendente. Pero, como es natural, los ojos, músculos o esqueletos reales no son canónicos, y en consecuencia cualquier representación que haga esta reclamación la hace sobre la base de ciertas nociones concretas, cultural e históricamente determinadas, de lo que es ideal, aquellas que mejor ilustran la verdadera naturaleza del objeto en cuestión. Algunos textos, como la *Anatomy* de Gray, que experimentó una gran acogida, representan todos los rasgos como si fueran masculinos, de forma alegre e inconsciente. Toda la anatomía externa se muestra sobre individuos varones, si bien curiosamente poco musculados, y con ello contradice cualquier reclamación de objetividad que pudiera hacerse sobre las ventajas del cuerpo masculino para ilustrar las articulaciones en superfi-

cie. Incluso las líneas de separación trazadas esquemáticamente para dividir el tórax del abdomen y las señales que indican el curso de los vasos sanguíneos, todo ello se muestra sobre un modelo masculino; las manos, en diversos estadios de disección, son manos masculinas; la distribución de los nervios cutáneos se presenta sobre el trazado esquemático de un hombre. Se asume simplemente que el cuerpo humano es masculino. El cuerpo femenino se presenta solamente para mostrar en qué difiere del masculino<sup>44</sup>.

Samuel Thomas von Soemmerring, quien realizó una de las dos ilustraciones canónicas del cuerpo femenino en competencia en el siglo XIX, fue más directo al exponer sus principios de selección. Para él, como para gran parte de la tradición anatómica idealista, lo anatómicamente normal era lo más bello. De este modo, un anatomista estaba comprometido en la misma tarea profunda que un pintor: ofrecer la forma humana, y la de la naturaleza en general, de acuerdo con los cánones del arte. En el comentario que hizo sobre su ilustración del ojo dice Soemmerring:

Lo mismo que asumimos que todas las obras de arte que representan el cuerpo humano y reclaman para sí la belleza ideal deben ser correctas desde el punto de vista anatómico, también, por otra parte, deberíamos esperar naturalmente que todo lo que el disector describe anatómicamente como estructura normal sea excepcionalmente bello<sup>45</sup>.

Como el distinguido anatomista Bernard Albinus, quien aconsejaba a sus colegas que fueran como los artistas que “dibujan una cara hermosa, y si sucede que muestra un defecto, tratan de enmendarlo”, Soemmerring prometía evitar en sus

<sup>44</sup> Baso estas observaciones en la edición 27.<sup>a</sup>, o del primer centenario, de Henry Gray, *Anatomy of the Human Body*, ed. Charles Mayo Goss, Filadelfia, Lea and Febiger, 1959, figs. 74, 77, 90 y 827, entre muchas otras.

<sup>45</sup> S. T. Soemmerring, *Abbildung des menschlichen Auges* (Francfort, 1801), prefacio, sin paginación.

representaciones todo lo que fuera “deforme, marchito, arrugado, torcido o dislocado”<sup>46</sup>. Todo aquello que impidiera alcanzar las más elevadas cotas estéticas desaparecía de sus representaciones del cuerpo; la gran tradición de las normas de sir Joshua Reynolds para pintores, presente en sus *Discursos*, quedó reflejada en el mundo en apariencia distinto de la ilustración científica.

A Soemmerring no le satisfacía el esqueleto femenino que habían preparado D’Arconville y Sue, el único disponible hacia 1790, y decidió construir uno alternativo basado en las normas más exigentes de la observación y del juicio estético. No habiendo encontrado ninguno adecuado en su colección, adquirió el de una joven de veintidós años, de feminidad contrastada (había dado a luz); al parecer, añadió a este esqueleto el bien conocido cráneo de una mujer georgiana, procedente de la colección de Friedrich Blumenbach. Prosiguió su esfuerzo tratando de dar con la pose adecuada, buscando la opinión de artistas y expertos; hizo posar a modelos vivas; y finalmente comparó este producto con la Venus de Medicis y con la de Dresde. El esqueleto canónico tenía que parecer convincente como fundamento del cuerpo femenino canónico.

Todo esto guarda una extraña semejanza con el relato que hace Alberti del pintor ateniense Zeusis (del siglo V a.C.):

Pensó que no podría encontrar tanta belleza como buscaba en un solo cuerpo, porque la naturaleza no la daría a alguien en particular. Por ello escogió las cinco jóvenes más hermosas entre todas las mujeres del país, para dibujar según ellas toda la belleza por la que las mujeres son alabadas. Era un pintor prudente<sup>47</sup>.

<sup>46</sup> Bernard Albinus, *Table of the Skeleton and Muscles of the Human Body*, citado en Schiebinger, *The Mind Has No Sex?*, pág. 203. Mi descripción de la forma de construir un esqueleto femenino perfecto se debe a Schiebinger, págs. 200-211.

<sup>47</sup> Leon Battista Alberti, *On Painting*, trad. J. R. Spencer, New Haven, Yale University Press, 1966, libro 3, pág. 93. Ésta ya era una cita antigua cuando Alberti hizo uso de ella.



Así, la construcción *del* esqueleto femenino, o mejor de cualquier representación ideal, es un ejercicio de estética vinculado a la cultura. Y sucedió que la belleza de Soemmerring no acertó a dar con las fórmulas políticas de su época; y el esqueleto de D'Arconville-Sue triunfó. ¿Por qué? Según el anatomista escocés John Barclay, "aunque sea más gracioso y elegante, y haya sido sugerido por hombres eminentes en modelado, escultura y pintura, en nada contribuye a la comparación que se pretende"<sup>48</sup>. La comparación olvidada, desde luego, era entre hombres y mujeres, y el error concreto de que se acusaba a Soemmerring era su incapacidad de representar con especificidad suficiente la pelvis femenina, el signo más peculiar en cuanto a los huesos se refiere de la diferencia sexual. Para asegurarse de que los lectores comprendían por completo la diferencia, Barclay reprodujo el esqueleto masculino de Albinus, con la reconstrucción de la musculatura de un caballo al fondo, y el esqueleto femenino de Sue, junto a un avestruz esquelético que lo mira<sup>49</sup>. La iconografía del caballo era transparente en un mundo en que la bestia se criaba por su velocidad, fuerza y resistencia, en el cual un hombre a caballo todavía representaba la autoridad. El avestruz era un signo menos frecuente, pero que también puede interpretarse. Su enorme pelvis en proporción con el cuerpo dirige la atención del espectador hacia la característica análoga de la mujer que lo acompaña, mientras que su largo cuello debe de haber sido una alusión a la tesis de la frenología de que el cuello largo característico de las mujeres es testimonio de su falta de pasión, de su escasa "amatividad".

De este modo, la propia ciencia anatómica era la arena en

<sup>48</sup> Citado en Schiebinger, pág. 200.

<sup>49</sup> Debería señalarse que mientras los antropólogos físicos pueden determinar en general el sexo de un esqueleto, es muy difícil hacerlo en un cuadro sin las notables exageraciones que emplearon los anatomistas de finales del siglo XVIII y XIX. Los ejemplares de esqueletos presentes en los laboratorios de anatomía no muestran siempre con claridad la diferencia sexual, como puede corroborar cualquier estudiante. Para ilustraciones de varios de esos esqueletos, véase Schiebinger, págs. 204-205.

que la representación de la diferencia sexual luchaba por implantar su dominio. Las diferencias anatómicas manifiestas entre sexos, el cuerpo al margen de la cultura, se conocen sólo a través de paradigmas, científicos y estéticos, altamente desarrollados y vinculados a la cultura y a la historia. La idea de que sólo el progreso científico, el puro descubrimiento anatómico, podría justificar el interés de la última parte del siglo XVIII y del XIX por el dimorfismo sexual, no es simplemente equivocada en el plano empírico, es también filosóficamente insensata.

*La embriogénesis y las homologías galénicas.* Un extraño que reconociera el paisaje de la ciencia de mediados del siglo XIX muy bien podría sospechar que la creación de una diferencia sexual inconmensurable tuvo lugar a pesar de los nuevos descubrimientos y no a causa de ellos. Cuidadosos estudios del desarrollo fetal habían dado crédito no a las nuevas diferencias, sino a la antigua androginia, basada esta vez en la naturaleza y no en mitos o en la metafísica. Desde el siglo XVIII se había sabido, por ejemplo, que clítoris y pene eran de análogo origen embriológico. En un libro de medicina legal de comienzos del siglo XIX, y concretamente en una sección dedicada al hermafroditismo y a las dificultades de reconocer el sexo de los recién nacidos, se afirma que en el momento del nacimiento el clítoris "es con frecuencia más largo que el pene, lo cual produce frecuentes errores". Cita el autor las *Mémoires de l'Académie Royale des Sciences de Paris*, del año 1767, para dar cuenta de que el número aparentemente desproporcionado de abortos de varones en el tercero y cuarto mes del embarazo es debido al tamaño del clítoris en los embriones femeninos y la confusión resultante en la identificación sexual. (El error es comprensible, como demuestra la fig. 59.) En términos generales, el triunfo en embriología, durante los primeros treinta años del siglo XIX, de la epigénesis (la tesis de que las estructuras orgánicas complejas se forman a partir de otras más simples, indiferenciadas, más bien que de entidades preformadas inherentes al esperma o al huevo), parecía socavar totalmente la diferencia. La ciencia mostraba

un embrión en el que el canal de Wolff, así nombrado por su descubridor Kaspar Friedrich Wolff, estaba destinado a convertirse en el tracto genital masculino, mientras que los canales de Müller, de Johannes Müller, pasarían a ser las trompas de Falopio y los ovarios. Hasta las ocho semanas coexisten las dos estructuras. Más adelante, a mediados del siglo XIX, se supo que pene y clítoris, labios y escroto, ovario y testículos, proceden de una estructura común y única del embrión. El saco del escroto, por ejemplo, es una modificación de los labios mayores, una versión del abultamiento labioescrotal del embrión en la que los labios crecen más, se pliegan y se unen a lo largo del rafe del escroto<sup>50</sup>. Aquí, incluso más poderosamente que en los dos canales coexistentes anteriores, parecen encontrar nuevos ecos las homologías platónicas. Las representaciones modernas del desarrollo de los genitales externos guardan una semejanza notable con las ilustraciones de Vesalio o Leonardo, y los mapas modernos de la embriología genital parecen reproducir fielmente la interpretación galénica de la mujer como varón invertido.

A mayor abundamiento, la idea de los orígenes embriológicos comunes de varios órganos masculinos y femeninos ha engendrado una versión moderna del pensamiento antiguo, en el marco político bien distinto de la década de 1980. Un psicoanalista, en su esfuerzo por rehabilitar las funciones eróticas y también eréctiles de la vagina, tras veinte años de lo que llama "clitorocentrismo", aporta pruebas de consideración a la homología de la eyaculación masculina y femenina. Hay, dice, homologías inmunohistoquímicas entre las secreciones de la próstata masculina y de las glándulas parauretrales femeninas, estructuras cuyas raíces comunes en el seno embriionario urogenital, son conocidas desde el siglo XIX. De hecho, como subraya, las glándulas secretoras que fluyen a la uretra

<sup>50</sup> Véase, por ejemplo, la tabla que muestra los orígenes embriológicos del sistema reproductor masculino y femenino, en Rudolph Wagner, *Handwörterbuch der Physiologie* (Braunschweig, 1853), 3.763, esencialmente idéntica a la de cualquier texto moderno de anatomía del desarrollo.

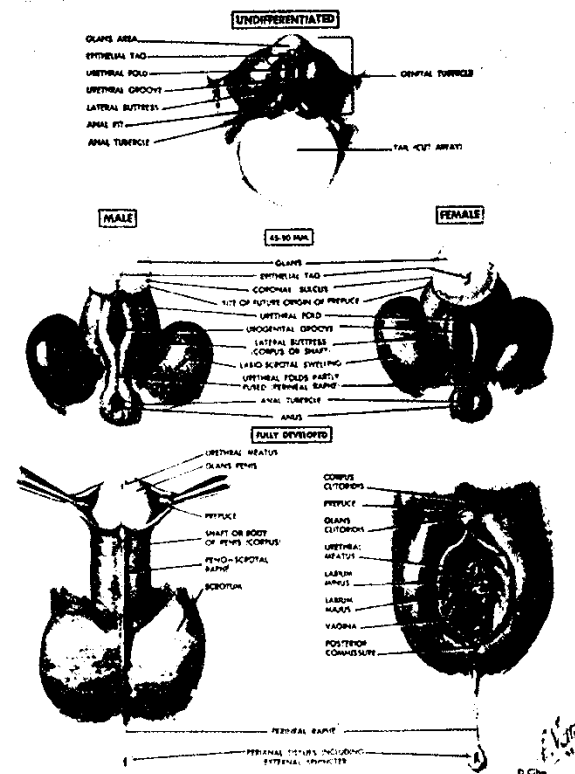


Fig. 59. A los dos meses y medio de gestación, cuando el desarrollo es de unos 40-55 mm, los genitales masculinos y femeninos son prácticamente indistinguibles. De forma gradual, tras el tercero o cuarto mes, se hace más fácil apreciar el sexo. Dibujo de Frank Netter, *CIBA Collection of Medical Illustrations*

femenina se conocieron como próstata en ambos sexos hasta 1880, fecha en que tomaron el nombre de A. J. C. Skene, quien las había investigado minuciosamente<sup>51</sup>. Así, una amplia literatura científica —de hecho la investigación embrio-

<sup>51</sup> Véase Desmond Heath, "An Investigation into de Origins of a Copious Vaginal Discharge during Intercourse: 'Enough to Wet the Bed-That Is Not Urine'", *Journal of Sex Research*, 20 (mayo 1984), 194-215.

lógica constituyó la gloria de la biología descriptiva del siglo XIX— proporcionó un vasto repertorio de nuevos descubrimientos que, lejos de destruir las viejas homologías, muy bien podía haberlas reforzado. Mi intención, sin embargo, no es mantener que los progresos científicos concedieron mayor crédito al antiguo modelo. Los nuevos imperativos culturales de la interpretación tuvieron simplemente un campo más amplio en el que construir, o no, una biología de la diferencia sexual.

*Esperma y huevo.* La afirmación de Harvey en 1651 de que toda vida procede de un huevo; el subsiguiente anuncio por De Graaf, en 1672, de que había descubierto el folículo ovárico, que se pensó que era, o contenía, dicho huevo; y la revelación de Leuwenhoek y Hartsocker, también en los años 1670, de que el semen contenía millones de animáculos: todo en conjunto parecía proporcionar, en los productos microscópicos generativos, una sinécdoque imaginativamente convincente para los dos sexos. La secreción vaginal que durante milenios se había aceptado como versión delgada, más fría y menos perfecta del eyaculado masculino, se convirtió en algo completamente distinto: “desde el descubrimiento del huevo... ese licor que todas las épocas precedentes han tomado por la semilla en [mujeres], se ha encontrado que es solamente una materia mucosa, secretada por las glándulas de la *Vagina*”. Durante un tiempo pareció realmente que el huevo recién descubierto detraería “buena parte de la dignidad del sexo masculino”, puesto que el huevo “proveía la materia del feto”, mientras que el hombre tan sólo “actuaba sobre ella”. Pero fue entonces cuando Anton van Leuwenhoek descubrió que el eyaculado masculino no era sólo una semilla líquida espesa; “con la ayuda de su exquisito microscopio... detectó innumerables animales pequeñísimos en el esperma masculino, y gracias a este noble descubrimiento, se eliminó en seguida aquella dificultad”<sup>52</sup>. Esperma y huevo representa-

<sup>52</sup> William Cowper, *The Anatomy of Humane Bodies* (Londres, 1737), introducción, sin paginación. Nótese que Cowper todavía consideraba ne-

rían en adelante a hombre y mujer; la dignidad masculina quedaba restaurada.

El sexo social se proyectaba así sobre el sexo biológico, descendiendo al nivel de los propios productos generativos microscópicos. Muy pronto vino a considerarse el huevo como un nido o pesebre meramente pasivo en el que el niño o niña comprimido en cada animáculo se alimentaba hasta el alumbramiento. La fertilización pasó a ser una versión miniaturizada de un matrimonio monógamo, donde el animáculo marido operaba para introducirse a través de la única abertura del huevo/esposa, encerrándose allí “sin permitir que entrara ningún otro gusano”<sup>53</sup>. En otras palabras, las viejas distinciones del género habían encontrado su base en las supuestas realidades de la vida.

Además, los descubrimientos del huevo y el esperma marcaron el comienzo de un prolongado programa de investigación para encontrar en todas partes la reproducción sexual<sup>54</sup>. Durante un tiempo fue un éxito hacerlo así. Bien se creyera que el huevo o el esperma contenían la nueva vida ya preformada, o que cada elemento contribuía al desarrollo epigenético de las generaciones sucesivas, la reproducción sexual y la naturaleza de la diferencia sexual dominaron el pensamiento sobre la generación<sup>55</sup>.

cesario especificar esperma *masculino*; la palabra no tenía el mismo sentido que hoy, puesto que se aplicaba a la totalidad del eyaculado masculino, a lo que llamaríamos semen.

<sup>53</sup> Hartsoecker, *Essai de dioptrique* (París, 1694), cap. 10, sec. 89, citado en Jacob, *Logic of Life*, pág. 59.

<sup>54</sup> La palabra *reproducción* vino finalmente a distinguirse del término más antiguo *generación*, sólo a lo largo del siglo XIX, cuando se comprendió que la producción de partes nuevas de individuos (regeneración) era radicalmente distinta de la fábrica de individuos nuevos.

<sup>55</sup> En esta materia sigo fielmente a Frederick B. Churchill, “Sex and the Single Organism: Biological Theories of Sexuality in Mid-Nineteenth Century”, en William Coleman y Camille Limoges, eds., *Studies in the History of Biology*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1979, págs. 139-177, y el excelente resumen de las teorías embriológicas del siglo XVIII presente en Shirley A. Roe, *Matter, Life, and Generation: 18th-*

Muy pronto el sexo se filtró también de los animales a las plantas. Pistilo, palabra del latín *pistillum* (maja de mortero), se convirtió en término inadecuado para el ovario portador de la semilla. El estambre —realmente la antera que se encuentra en su extremo— del cual emana el polen pasó a ser el pene botánico. De repente las plantas tuvieron género y el sexo se asimiló a la cultura: “por ello parece razonable denotar estos ápices con un nombre más noble y atribuirles la importancia de los órganos sexuales masculinos; es ahí donde se acumula el semen, el polvo que constituye la parte más sutil de la planta, y desde donde más tarde se esparce”<sup>56</sup>. La naturaleza sexual de las plantas se convirtió en base del famoso sistema clasificatorio de Linneo. Investigaciones posteriores hallaron productos sexuales en todos los ámbitos del mundo viviente; por ejemplo, iniciados los estudios hacia 1830, los espermatozoides se localizaron en todos los grupos invertebrados excepto en infusorios. Visto de este modo, los *Naturphilosophen* parecían tener derecho a considerar la diferencia sexual como una de las dicotomías fundamentales de la naturaleza, abismo infranqueable nacido no de los opuestos pitagóricos, sino de los propios gérmenes reproductores y de los órganos que los producen.

Al comienzo, sin embargo, los nuevos descubrimientos tuvieron sólo utilidad esporádica. En primer lugar, la proyección inmediata y promiscua del género sobre el sexo en el sistema sexual de Linneo hizo sonrojar a sus contemporáneos. El grupo de plantas clasificadas como *Monoecia*, que significa “una morada”, tomó su nombre y carácter del hecho de que “los maridos viven con sus esposas en la misma casa, pero tienen camas [hojas] diferentes”. La clase *Polygamia aequalis*, que significa “poligamia igual”, se consideró que “consta de muchos matrimonios con relaciones promiscuas”<sup>57</sup>. El sexo de las plantas fue visto con tal carga de género que ya en aquellos momentos la taxonomía de Linneo pareció totalmente indecente.

Además, incluso en seres humanos y otras criaturas en las que huevo y espermatozoides se entendían como productos distintos de sexos diferentes, los significados de los términos estaban en flujo constante. En otras palabras, no hubo consenso en cuanto a lo que de hecho eran y significaban espermatozoides y huevo, hasta que dio comienzo el siglo XIX<sup>58</sup>. El supuesto descubrimiento de productos genésicos distintos dio rienda suelta a la imaginación; la inconmensurabilidad de los sexos se sintió incómoda con los cuerpos microscópicos cuyo significado se debatía vivamente. Los preformacionistas se dividieron en una mayoría formada por los ovistas y una minoría de animalculistas. La elección entre ellos era a menudo ideológica: entre los principales argumentos contra los animalculistas estaba que Dios nunca hubiera ideado un sistema tan derrochador, por el cual millones de humanos preformados tuvieran que morir en cada eyaculación para que alguno, en ocasiones, encontrara alimento en el huevo para desarrollarse. En tanto que la observación tuviera que ver con la teoría, el género tenía poco papel: Haller, por ejemplo, se convirtió en parte al preformacionismo, y en particular al ovismo, porque pensó que podía trazar la continuidad de las membranas del intestino de un embrión de pollo desde la membrana vitelina<sup>59</sup>.

Aunque algunos contemporáneos hablaron de que las dignidades respectivas de hombre y mujer se reflejaban en las dos teorías preformacionistas, el debate se desarrolló realmente sobre bases distintas. De hecho, ni ovismo ni animalculismo

Aunque algunos contemporáneos hablaron de que las dignidades respectivas de hombre y mujer se reflejaban en las dos teorías preformacionistas, el debate se desarrolló realmente sobre bases distintas. De hecho, ni ovismo ni animalculismo

<sup>57</sup> Carolus Linnaeus, *Species plantarum* (1753), vol. 1, con introducción de W. T. Stearn (facsimil de la primera edición, impresa para la Ray Society, Londres, 1957), págs. 32-33.

<sup>58</sup> Incluso entonces, desde luego, sus significados no eran rígidos, en tanto que estudios posteriores del núcleo restaban significado al tamaño relativo. Las investigaciones sucesivas sobre fertilización continúan cambiando las ideas en cuanto a qué es lo que importa del huevo y el espermatozoide.

<sup>59</sup> Roe, *Matter, Life*, págs. 44, 70-73, 77-79, y n. 24, pág. 178.

*Century Embryology and the Haller-Woolf Debate*, Cambridge, University Press, 1981, págs. 1-22.

<sup>56</sup> Rudolph Jakob Camerarius, *De sexu plantarum epistola* (Tubinga, 1694), pág. 20, citado en Delaporte, *Le second Règne de la nature*, París, Flammarion, 1979.

lismo sugirieron un mundo de dos sexos, sino más bien un mundo sin sexo. Ambos propugnaban la reproducción partenogénica: o bien el huevo contenía la nueva vida y el espermatozoide era una versión viva de la varilla de vidrio que hacía posible el desarrollo por sí mismos de los huevos de rana, o bien el espermatozoide contenía la nueva vida y el huevo no pasaba de ser un cesto de alimentos. Los desarrollos técnicos en el estudio en expansión de la generación minaron también la supuesta ubicuidad de la reproducción sexual. La comprobación en 1745, por parte de Charles Bonnet, de que los áfidos se reproducen por partenogénesis —término acuñado en 1849 por el gran experto en anatomía comparada Richard Owen— fue el primer paso hacia el descubrimiento de que el desarrollo de huevos no fecundados a partir de hembras sexualmente maduras estaba mucho más extendido de lo que se creía posible. La demostración de Abraham Trembley, hacia la misma época, de la capacidad regenerativa de la hidra, tuvo repercusiones generales en discusiones teóricas no sólo de sexualidad, sino también sobre la generación. Otros desarrollos y tendencias —el descubrimiento de la alternancia de las generaciones, en 1842, y el interés creciente en la reproducción hermafrodita— contribuyeron también a marginar los modelos dieciochescos de la reproducción sexual universal, en tanto existían dichos modelos<sup>60</sup>.

No quiero repetir la larga historia del espermatozoide o el huevo, sino tan sólo subrayar que las reivindicaciones del género hechas por medio de ella fueron constantemente socavadas por ese tipo de controversias<sup>61</sup>. Hasta mediados del siglo XIX no estuvo claro si el espermatozoide simplemente removía el semen

<sup>60</sup> Véase Churchill, "Sex and the Single Organism", págs. 142ss; Gasking, *Investigations into Generation*, págs. 63-65 y cap. 5 en general.

<sup>61</sup> Roe, en *Matter, Life*, deja claro que por mucho que una u otra parte quisieran basar alguna tesis sobre el género en la naturaleza del espermatozoide y el huevo, los científicos que polemizaron en vano sobre ovismo y animalculismo, lo hicieron sobre bases diferentes y más técnicas. El paso de Haller del spermaticismo a la epigénesis, al mantener que el embrión estaba preformado en el huevo, tuvo que ver con la importancia concedida a ciertas observaciones y a la política de la ciencia, no del género.

—una especie de batidora con forma de gusano— y estimulaba la ovulación, si tocaba el huevo o si realmente penetraba en él. El triunfo conceptual de la teoría celular y los progresos en la tinción y en el conjunto de la microscopía, permitieron finalmente a Oskar Hertwig, en 1876, demostrar que el espermatozoide penetra de hecho en el huevo y que la unión real de huevo y espermatozoide *constituía* la fertilización. (Como he dicho, esto pareció proporcionar un modelo microscópico incontestable para la diferencia sexual inconmensurable, hasta que el paso al nivel molecular del ADN ha vuelto de nuevo a enturbiar el panorama.) Bien entrado el siglo XX continúa el debate sobre si se combina la totalidad o sólo parte del material nuclear.

Durante buena parte del periodo aquí considerado, la función y naturaleza del espermatozoide permanecieron oscuros. A finales del siglo XVIII, Spallanzani había probado que ninguna dosis de vapor del semen fertilizaría los huevos de rana, que el *aura seminalis* de Harvey no era suficiente para que el molde femenino produjera renacuajos y que la filtración repetida del semen lo podía hacer impotente. Demostró que las ranas macho desnudas que montan una hembra fertilizan sus huevos, pero si se les ponen unos a modo de pantaloncillos de tafetán, no lo hacen; siguiendo con la demostración, pudo ver, además, que el residuo presente en el ridículo atuendo era activo. (Había demostrado previamente —matando una rana hembra en el momento de la copulación y haciendo notar que los huevos que permanecían en el interior no se desarrollaban, mientras que los que habían estado en contacto con el espermatozoide resultaban fecundados— que los huevos se fecundaban fuera del cuerpo.) Pese a todo esto, siguió pensando que las pequeñas criaturas del semen eran meros parásitos y que el semen actuaba estimulando el corazón de un feto preformado, liberado por el ovario tras la fertilización<sup>62</sup>.

<sup>62</sup> Sobre el espermatozoide, véase F. J. Cole, *Early Theories of Generation*, Oxford, Clarendon Press, 1930, caps. 1 y 2. Sobre Spallanzani, véase Gasking, *Generation*, págs. 132-136.

El debate entre preformacionistas —ovistas o animalculistas—, por una parte, y epigenesistas, por otra, aporta más pruebas todavía del escaso interés de la investigación sobre las sustancias genésicas para la reflexión sobre los dos sexos. La elección entre preformación y epigénesis se hacía más sobre bases filosóficas que empíricas, pero las querellas sobre el género no tenían lugar. Albrecht von Haller difería de Christian Wolff no en la interpretación de estos o aquellos datos —de hecho en eso podían estar de acuerdo—, sino en problemas básicos de la filosofía de la ciencia: un preformacionismo, mecanicista y newtoniano, en el que el desarrollo embrionario actúa según el plan divino, contra una epigénesis racionalista y algo más vitalista, en la que la materia no era mera sustancia inerte que esperara a que operaran las leyes divinas.

Entre los epigenesistas, una figura importante como Buffon escribía todavía con las cadencias de la vieja biología de la generación, como si no hubiera sucedido nada, casi un siglo después del descubrimiento del esperma y el huevo: “la mujer tiene un licor seminal que comienza a formarse en los testículos” y que “los licores seminales de ambos [hombre y mujer] son extraídos de todas las partes del cuerpo y en su mezcla hay todo lo necesario para formar un cierto número de hombres y mujeres”. El problema no es que Buffon estuviera equivocado en sus teorías de la pangénesis, o que fuera correcto por razones equivocadas, al afirmar que hay un “molde interior” en las partículas del “semen” masculino y femenino que organiza la materia en estructuras orgánicas<sup>63</sup>. Más bien deseo sugerir que en los siglos XVIII y XIX, y todavía hoy, en cualquier punto del conocimiento científico es posible una amplia gama de tesis culturales contradictorias sobre la diferencia sexual. Pierre de Maupertuis, uno de los más significados opositores al preformacionismo —creía que los

<sup>63</sup> Buffon, *Natural History*, 3,228-229. La argumentación de Haller contra Buffon era similar a la de Aristóteles contra los pangenesistas. Véase Roe, págs. 28-29.

átomos se ordenaban entre sí de acuerdo con cierto plan— escribía todavía en 1756, como había hecho Demócrito en la antigua Grecia, acerca del orgasmo: “es en ese momento, tan rico en deleites, cuando llega la vida al nuevo ser”<sup>64</sup>. Ni el nivel del conocimiento científico ni su “corrección” frena la poesía escrita en su nombre.

Pero incluso si Maupertuis y otros científicos de los siglos XVIII y XIX hubieran llegado a la que consideramos interpretación correcta de los datos disponibles, la observación y el experimento no hubieran llegado a crear una metáfora para la virilidad y la feminidad. La traducción de los hechos acerca de la reproducción en “hechos” sobre la diferencia sexual es precisamente el juego de manos cultural que deseo exponer.

*El ovario y la naturaleza de la mujer.* El ovario es el ejemplo más notable de aporía anatómica y el caso más claro en que los supuestos culturales alimentan una tradición de investigación cuyos resultados a su vez confirman aquellos puntos de vista. “Propter solum ovarium mulier est id quod est” (sólo por el ovario es la mujer lo que es), escribió el médico francés Achille Chereau en 1844, cuarenta años antes de que existieran pruebas de la importancia real de este órgano en la vida de la mujer. Hay ahí un salto paradigmático a la incommensurabilidad que sería intolerable en cualquier circuns-

<sup>64</sup> Pierre de Maupertuis, *Vénus physique*, 1745 y 1746, pág. 6. Véase también el cap. 2, en el que discute la controvertida cuestión de si el semen masculino toca de hecho el huevo. Como hicieran muchos, antes y después, negó que tal contacto fuera necesario para la fertilización. Escribe que “nueve meses después de que una mujer ha gozado del placer que perpetúa a la humanidad, trae al mundo una pequeña criatura” (página 4). En un pasaje culturalmente cargado, se maravilla de: “cómo este dichoso ámbito [la matriz] se convierte en oscura prisión para un embrión informe e insensible. ¿Cómo puede ser que la causa de tan gran placer, el origen de un ser tan perfecto, no sea más que carne y sangre?” (pág. 6) Las teorías preformacionistas surgieron precisamente porque no parecía posible otra explicación a que la materia se organizara a sí misma en formas nuevas.

tancia<sup>65</sup>. Pero es particularmente irónico porque el importante rol del ovario en la vida biológica de las mujeres —aunque ciertamente no haga que la mujer “sea lo que es”— fue establecido de forma definitiva a finales del siglo XIX, al suponer lo que restaba por probar y haciendo uso de ello como justificación de la extirpación quirúrgica de ovarios histológicamente normales. La ovariectomía bilateral —la ablación de ovarios sanos— hizo su aparición a comienzos de la década de 1870 y alcanzó un éxito inmediato en la curación de una amplia variedad de “patologías de la conducta”: histeria<sup>66</sup>, deseo sexual excesivo, y males y dolores más prosaicos cuyos orígenes no eran fáciles de atribuir. (El procedimiento fue llamado también en alemán “die Castration der Frauen”, en francés “castration chez la femme”, y asimismo se conoció por el epónimo “operación de Battey o Hegar”, por Robert Battey y Alfred Hegar, los cirujanos americano y alemán que la popularizaron. Debería distinguirse de lo que usualmente se llama ovariectomía, eliminación de ovarios cancerosos o quísticos por razones terapéuticas, que hoy se seguiría considerando médicamente justificada. También el número de estas operaciones creció considerablemente, como en realidad lo hizo el número de todas las operaciones en general a finales del siglo XIX, en especial después de la implantación de las técnicas asépticas de Lister.)<sup>67</sup>

<sup>65</sup> Achille Chereau. *Mémoires pour servir à l'étude des maladies des ovaires* (París, 1844), pág. 91. El mejor artículo sobre las ideas del siglo XIX sobre el ovario es Carol Smith-Rosenberg y Charles Rosenberg, “The Female Animal: Medical and Biological Views of Women in Nineteenth-Century America”, *Journal of American History*, 60 (septiembre 1973). Véase también Carol Smith-Rosenberg, “Puberty to Menopause: The Cycle of Femininity in Nineteenth-Century America”, reimpreso en su libro *Disorderly Conduct*, Nueva York, Oxford University Press, 1985, páginas 182-196.

<sup>66</sup> En las mujeres, la histeria es por completo de origen ovárico y no uterino, dice la rúbrica “sexo” del *Dictionnaire encyclopédique des sciences médicales*, obra de referencia de finales del siglo XIX.

<sup>67</sup> No hay que apresurarse a condenar toda cirugía ginecológica. Como la distinguida médica e investigadora americana Mary Putnam Jacobi es-

La ablación de ovarios sanos con la esperanza de curar las llamadas crisis de la feminidad condujo a un largo camino hacia la producción de datos que permitirían comprender las funciones del órgano. Por ejemplo, la demostración de que la menstruación depende del ovario se hizo bajo la hipótesis de que la inflamación del folículo ovárico producía en algunas mujeres síntomas menstruales y calores, y que la eliminación del órgano, por tanto, detendría esos excesos sexuales.

Hay una ironía adicional en todo esto, porque la intervención supone y no supone, al mismo tiempo, una diferencia sexual inconmensurable; supone crear mujeres que son o no son más parecidas al hombre de lo que lo eran antes de la operación. El propio nombre, castración femenina, sugiere el viejo punto de vista de que los ovarios son testículos femeninos, similares a los del hombre. Pero los médicos se apresuraron a negar que la ovariectomía se asemejara a la castración en sus efectos psicológicos y sociales. No hay imágenes comparables a la de la figura 60, en las que se hayan cambiado los papeles y en vez de hombres con el escalpelo en la mano, inclinados sobre el cuerpo postrado de una mujer, sean hombres (o lo que sería más inconcebible todavía, mujeres) dispuestos a castrar a un hombre. No hubo castración masculina, ni ablación de testículos sanos, excepto en unos pocos casos concretos de demencia criminal o para tratar el cáncer de próstata. Aunque se pensara que la gónada femenina, como su contrapartida masculina, tenía profundos efectos sobre varias partes del cuerpo, los ovarios no eran testículos en ningún sentido cultural o metafórico en las mentes de una profesión médica

cribía a Elizabeth Blackwell, la primera mujer que alcanzó la graduación en medicina en Gran Bretaña, “si las ‘mutilaciones’ os producen estremecimientos, será porque nunca habéis tratado un ovario degenerado o una trompa de Falopio supurante; en otro caso tendríais que admitir que la mutilación la habría efectuado la enfermedad... o la negligencia... antes de que el cirujano interviniera”. Carta fechada el 25 de diciembre de 1888, Library of Congress, Blackwell MS Box 59. Agradezco a Regina Morantz Sanchez que me facilitara este documento.

dominada por varones. Y al no ser testículos, no eran sacrosantos.

La justificación teórica para la “castración femenina” fue que los ovarios, las “piedras” de la mujer (entendidos antaño como versión más fría de los testículos), eran de hecho los órganos maestros del cuerpo femenino, de forma que si los perdían se parecerían más a los hombres, lo mismo que los hombres castrados se parecen más a las mujeres. La ovariectomía provocaría que las mujeres dejaran de menstruar y que se vieran afectadas por otros cambios en características sexuales secundarias que les asemejarían más a los hombres. Por otra parte, la eliminación de los ovarios haría que una mujer fuera más femenina, o al menos más parecida a lo que quienes proponían la operación pensaban que deberían ser las mujeres. La extirpación de los órganos femeninos exorcizaba los demonios de una conducta impropia de una dama.

Toda esta especulación sobre la relación de sinécdoque entre un órgano y una persona —una mujer es sus ovarios— o incluso entre el ovario y algunos cambios fisiológicos y anatómicos observables tenía un tufillo ideológico. Hasta finales del siglo XIX nadie conocía los efectos de la ablación de los ovarios. (Incluso hoy no se comprenden bien los efectos de la ovariectomía postmenopáusica.) Se sabía mucho más sobre los efectos de la ablación de los testículos. Aristóteles y otros autores antiguos reconocieron las consecuencias fisiológicas, y las que tomaron por psicológicas y conductuales, de la castración de los hombres, antes y después de la pubertad. Los eunucos ocupan un lugar destacado en escritos médicos y morales, en diversas prácticas religiosas cristianas y paganas, y son abundantes las observaciones sobre los efectos de la castración en animales domésticos machos<sup>68</sup>. Pero hasta donde yo sé no existen comentarios sobre la ablación de ovarios en mujeres y tan sólo una simple referencia al procedimiento en animales: “Los ovarios de las cerdas se cortan con el fin de

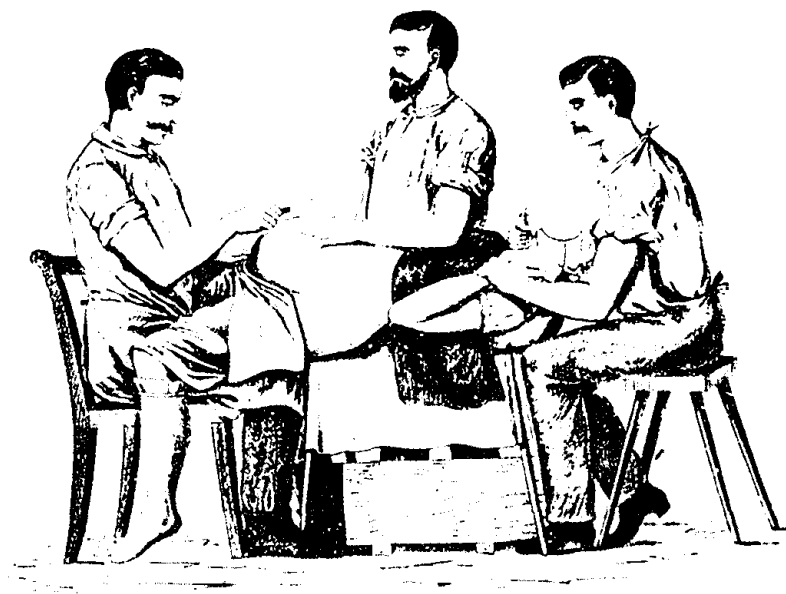


Fig. 60. Tres cirujanos, hacia 1880, realizando una ovariectomía a una paciente con un gran quiste

apagar en ellas los apetitos sexuales y estimular su engorde”, escribió Aristóteles; las camellas, continúa, se mutilan para hacerlas más agresivas con “fines bélicos” y para impedir que críen<sup>69</sup>.

Hasta el advenimiento de la ovariectomía, hacia 1870, no se escribió nada importante sobre tales observaciones en humanos. Durante dos milenios, desde la Grecia antigua hasta el Londres de finales del siglo XVIII, no se informó de ningún caso en seres humanos, ni en la literatura médica ni en la popular. Fue entonces cuando Percival Pott, distinguido cirujano del Hospital de San Bartolomé, de Londres, anunció que había examinado a una mujer, de veintitrés años, con dos pequeñas masas blandas, “de superficie desigual”, una en cada

<sup>68</sup> Véase Brown, *Body and Society*, págs. 67-68, y Rousselle, *Porneia*, págs. 121-128.

<sup>69</sup> *History of Animals*, 9.50.632a22.



ingle. Tenía aspecto sano, menstruaba con regularidad y no sufría dolor alguno excepto cuando se agachaba. Con el tiempo “quedó incapacitada para ganarse el pan” y, cuando ya nada aliviaba su dolor, decidió que le extirpasen los tumores. Para gran sorpresa de Pott, se trataba de los ovarios. Advirtió que su paciente recobraba la salud, pero parecía más delgada y musculosa; “sus pechos, que eran grandes, desaparecieron; tampoco ha menstruado desde la operación, de la cual hace ya años”. No ofrece explicación de por qué sucedió todo esto<sup>70</sup>.

Cuando, en 1843, Theodor von Bischoff, descubridor de la ovulación espontánea en perros, escribió que los ovarios gobiernan el ciclo reproductor de la mujer, sólo disponía de una prueba fragmentaria nueva: el relato del doctor G. Roberts, médico y viajero, que decía haber visto mujeres “castradas” en la India, de unos veinticinco años, con pechos poco desarrollados, cuyas partes pudendas externas carecían de los depósitos adiposos habituales, con pelvis deformada y nalgas como las de un hombre, las cuales no presentaban signos de menstruación o procesos compensatorios, y con ausencia total de instinto sexual<sup>71</sup>. Aunque se dé crédito a este in-

<sup>70</sup> Percival Pott, *The Chirurgical Works*, Londres, 1808, nueva ed., caso 24, “Una hernia ovárica”, págs. 210-211. Un ginecólogo moderno interpreta esto como un ejemplo raro de prolapso bilateral de los ovarios en los sacos inguinales. Su eliminación conduciría a la masculinización que describe Pott. Agradezco este diagnóstico al Dr. Roger Hoag.

<sup>71</sup> Theodor von Bischoff, *Beweis der von der begattung unabhängigen periodischen reifung und belosung der eier der säugethiere unter des Menschen als der ersten Bedingung ihrer fortpflanzung* (Giessen, 1844), citando a G. Roberts, *Fragments d'un voyage dans les provinces de l'Inde en 1841*. Edward John Tilt, célebre ginecólogo inglés que cuenta entre los principales defensores de la idea de que los ovarios controlaban los impulsos sexuales de las mujeres y a su vez estaban afectados por éstos —“el uso excesivo de la relación sexual es causa no infrecuente de ovaritis subaguda”—, cita también a Roberts como prueba para el hecho de que los ovarios producen “la lujuria característica” de la clase femenina. En una de las más extravagantes fantasías orientalistas de todo el siglo XIX, afirma que la operación se realizaba “para servir las inclinaciones lascivas de los tiranos orientales”. *On diseases of Menstruation and Ovarian Inflam-*

forme y se le añade una serie de observaciones clínicas dispersas que relacionen la malformación de los ovarios con la ausencia de menstruación, las pruebas disponibles en cuanto a la función del ovario en la fisiología reproductora de las mujeres seguían siendo débiles a mediados del siglo XIX.

La aparición de la ovariectomía “justificable” después de 1865 —en su mayor parte por quistes, tumores y otras patologías indicadas— comenzó a proporcionar pruebas cuasi experimentales de la función de los ovarios, pero puesto que el funcionamiento de un órgano sano no siempre puede deducirse de forma fiable de los efectos de la ablación de su contrapartida enferma, tales materiales distaban de ser concluyentes. Un manual de referencia alemán aseguraba que había tantos casos registrados que afirmaban la relación entre ovario y menstruación, que apenas valía la pena tomar nota de los casos nuevos; en dicho manual se hacía referencia al caso de Bischoff, sucedido cuarenta años atrás, a través de citas de Roberts y Pott (cuyo propio informe estaba por cumplir un siglo). Además, procede anotar que todavía se concedía bastante peso a ejemplos de persistencia de la menstruación tras la eliminación de los ovarios y que si los ataques a tales pruebas no resultaban decisivos habría que reconsiderar si la íntima relación postulada entre útero y ovario no habría sido exagerada<sup>72</sup>. En 1882, un manual francés que cita materiales nuevos junto a pruebas más antiguas sugiere que la función del ovario en la menstruación, y por ende en el conjunto del ciclo reproductor, podría ser tan pasiva como la del útero<sup>73</sup>.

Nadie se molestó en aducir la experiencia que se tenía

*mation* (Londres, 1850), pág. 53. La descripción de Roberts parece consistente con los resultados de la eliminación prepubertal de los ovarios, pero también con algún desorden de la pituitaria.

<sup>72</sup> L. Hermann, *Handbuch der Physiologie* (Leipzig, 1881), vol. 6, 2.<sup>a</sup> parte: sección de V. Hensen, “Physiologie der Zeugung”, págs. 69 y ss. La menstruación posterior a la ablación de los ovarios aparecía porque, al desconocer la función del ovario, los médicos no se preocupaban de eliminar todo el tejido ovárico y dejaban restos del pedículo o mesovario al cual está unido el ovario.

<sup>73</sup> A. Charpentier, *Encyclopédie d'obstétrique et de gynécologie*, 1882.

con la vieja práctica de la ovariectomía en animales con anterioridad a 1873, cuando, un año después de que Battey comenzara a recomendar la eliminación de los ovarios en diversas enfermedades nerviosas, un médico francés recordó que en vacas y cerdas, en las que la operación “se practicaba normalmente durante los dos primeros meses de vida, el útero dejaba de crecer y su volumen permanecía estacionario”<sup>74</sup>. En resumen, cuando Battey y Hegar empezaron a eliminar ovarios sanos, en la creencia popular dicho órgano tenía una función determinante en la vida, pero no se sabía nada a ciencia cierta de su función en las mujeres y no se hizo esfuerzo alguno por explotar lo poco que se sabía en el campo de la veterinaria. Es ésta una cuestión no de indeterminación del conocimiento anatómico y fisiológico, sino de ignorancia deliberada.

Veinte años y miles de ovarios sanos extirpados más tarde, algunas de las hipótesis que habían avalado la operación gozaron por fin de pruebas experimentales. Fue Alfred Hegar, distinguido profesor de ginecología en Freiburg y principal paladín europeo de la castración femenina, quien logró aunar la sabiduría de generaciones de granjeros y su práctica clínica. Deseoso de conocer los efectos a largo plazo de las operaciones que ya había realizado, revisó la literatura y halló que la castración femenina era práctica antigua en animales. Descubrió que la castración de vacas estaba muy extendida en Francia hacia 1830, pero que había caído en desuso porque las vacas engordaban demasiado y dejaban de dar leche. Todavía en su tiempo, los veterinarios extirpaban ovarios, pero sólo por motivos de salud: por “deseo de toro, una especie de ninfomanía” (*Steiersucht, eine Art Nymphomanie*), que afectaba ¡al 10 por 100 de las vacas en ciertas regiones!<sup>75</sup>

<sup>74</sup> Citado en George Corner, “The Early History of Estrogenic Hormones”, *Journal of Endocrinology*, 31 (1964-65), iv. Sus comentarios se corresponden con los escritos sobre patología ovárica.

<sup>75</sup> Hegar utiliza a propósito el término “castración”. Algunos, escribe, quieren usar ovariectomía para referirse a la escisión de ovarios enfermos, mientras que reservan castración para la ablación de los sanos. No, dice

Sin desalentarse en su búsqueda del saber, Hegar volvió su vista a los clásicos y a la explicación aristotélica de la resección de los ovarios a las cerdas. Buscó entonces un *Schweine-Schneider*, “un castrador de cerdos”, cuya técnica básica parecía indistinguible de la practicada por sus predecesores griegos, aunque desde la perspectiva burguesa del siglo XIX era mucho más enojosa. Sacó el hombre un cuchillo sucio, hizo una incisión de dos centímetros, colocó sus dedos mugrientos en torno a ovarios, conductos y ligamentos, y los cortó. Cosió luego la incisión con aguja e hilo que había sacado de un bolsillo de sus pantalones “nauseabundos”. (Nunca me había resultado claro por qué, con un sentido tan exquisito de la suciedad y la limpieza, no se le había ocurrido a Hegar y sus contemporáneos la idea de la cirugía aséptica, una década antes que a Lister. Según su propio relato, Hegar perdió un tercio de sus pacientes por sepsis.)

Después de ver al castrador en acción, Hegar probó a hacer la operación. Compró dos cerditas y procedió a eliminar los dos ovarios en una de ellas y uno solo en la otra. Cuando alcanzaron la madurez, las hizo sacrificar y encontró que la cerda completamente castrada mostraba aplasia total de útero, un útero de tamaño infantil. Hizo un dibujo detallado, lo hizo

---

Hegar. Los ovarios que él extirpa pueden parecer sanos en un examen clínico, pero no se puede negar que sus pacientes sufren. Afirmar que los ovarios que extirpa son sanos es como decir que las arterias escleróticas de un hombre a punto de morir de un ataque están sanas, tan sólo porque su médico no puede diagnosticarlas como enfermas. En resumen, Hegar está decidido a considerar los ovarios como culpables hasta que se pruebe su inocencia. “Zur Begriffsbildung der Kastration”, separata especial del *Zentralblatt für Gynäkologie* (1887), págs. 44, 6-7 (accesible entre los trabajos de Hegar presentes en la Crerar Library, Chicago). En respuesta a las críticas, niega también que prescriba rutinariamente la castración para combatir la histeria, a la que reconoce múltiples causas; sólo en los casos más raros puede demostrarse su origen en las gónadas. Pero hay otras enfermedades de naturaleza nerviosa que emanan de los órganos genitales. Tienen éstas una dimensión física (“das Leiden”), que a veces desaparece durante el embarazo y la menstruación. Hegar se sentía incómodo con las críticas y trató de mostrarse como un médico responsable. Véase “Für Castration bei Hysterie”, *Berlin Klinischen Wochenschrift*, 26 (1880).

grabar, y lo publicó con orgullo como “la primera ilustración jamás publicada de atrofia de útero por castración”<sup>76</sup>. No hay que tomarse a broma la genuina contribución al conocimiento que representa el experimento de Hegar, que le condenaba a él mismo, a Battey y a otros médicos por las mutilaciones que practicaron en nombre de la terapia. Lo importante aquí, sin embargo, no es simplemente que una visión particular de la mujer les llevara a considerar el ovario como fuente de enfermedades cuyo origen reside más en la cultura que en el cuerpo, sino más bien que suscribieran una epistemología que consideraba la anatomía como fundamento de un mundo estable de dos sexos inconmensurables. Se extirpaban los ovarios, no porque hicieran a las mujeres lo que eran, ni tampoco por el antifeminismo de los médicos, sino porque algunos de éstos tomaron al pie de la letra las sinécdoques que habían inventado. De modo irónico, sus prácticas facilitaron nuevos conocimientos sobre las funciones fisiológicas de los ovarios. Pero su valor simbólico, su función como signo de diferencia, no fue afectado por el progreso.

#### ORGASMO Y DIFERENCIA SEXUAL

El 15 de mayo de 1879, Mabel Loomis Todd —más tarde amante del hermano de Emily Dickinson— llevó a cabo un experimento extraordinariamente preciso. Su hipótesis consistía en que sólo sería fecunda en el momento del clímax, porque más tarde se le cerraría la matriz y “ningún fluido podría alcanzar el punto fructífero”. Para comprobar esta proposición, dice, aceptó en sí misma “recibir el precioso fluido al menos después de transcurridos seis u ocho minutos desde el momento de más intenso placer, cuando estaba completamente fría y satisfecha”. Se levantó y como en apariencia todo el semen del marido se había escurrido, se consideró jus-

<sup>76</sup> Alfred Hegar, *Die Castration der Frauen von physiologischen und chirurgischen Standpunkte aus* (Leipzig, 1878), págs. 41 y ss.



Fig. 61. Alfred Hegar, “primera ilustración jamás publicada del útero atrofiado de un animal castrado”

tificada; nueve meses más tarde, el nacimiento de su hija Millicent probó que estaba equivocada<sup>77</sup>.

Mabel Todd estaba muy equivocada. De forma muy distinta a cuestiones de anatomía y diferencia sexual, la cuestión de si las mujeres pueden concebir sin orgasmo —aunque culturalmente pueda ser deseable la ausencia de pasión— pudo contestarse de forma definitiva. Lo mismo que la cuestión de si el orgasmo femenino cierra la matriz. La prueba empírica puede plantear incluso incógnitas más complicadas y problemáticas: si las mujeres en general tienen orgasmos durante la

<sup>77</sup> Diario manuscrito de Mabel Loomis Todd, Yale University Library, 15 de mayo de 1879. Agradezco a Peter Gay que me facilitara este material.

relación sexual o si tienen fuertes deseos sexuales, en este caso heterosexuales<sup>78</sup>. Pero aunque por supuesto la ciencia planteara nuevas perspectivas sobre la ausencia de pasión femenina, como parte de la construcción de los dos sexos, ello sólo proporcionó pruebas poco convincentes y fragmentarias sobre el orgasmo hasta comienzos del siglo XX, más de una centuria después de que se abandonara la convicción universalmente aceptada de la vinculación del orgasmo con la generación y de las mujeres con la pasión. La nueva información, que no alcanzaba a ser un paradigma nuevo en la biología reproductora, no dejó fuera de juego la antigua sabiduría. (Demostraré, con cierto detalle técnico, que nada en el descubrimiento de los ovarios y sus funciones exigió revisiones importantes en la fisiología del placer y la concepción. Los lectores dispuestos a aceptar esto sin mayor demostración pueden pasar por alto esta sección, sobre todo las páginas dedicadas al cuerpo lúteo.)

Las minuciosas disecciones de De Graaf, que establecieron que “los testículos femeninos más bien debieran llamarse ovarios”, reforzaron sin desearlo el lazo entre la relación sexual y la “emisión” femenina, porque demostraron que en conejos los folículos, que De Graaf consideró huevos, “no existían en todo momento en los testículos de las hembras; por el contrario, sólo se detectaban después de los coitos”. Como otros observadores durante al menos el siglo y medio siguiente, De Graaf estaba convencido de que la ovulación se presentaba *solamente* como resultado de la cópula, la cual era placentera simplemente por la naturaleza de las cosas: “si ciertas partes de las *pudenda* [clítoris y labios] no estuvieran dotadas de tan deliciosas sensaciones de placer y de tan gran

<sup>78</sup> No quiero dar a entender que estas cuestiones sean fáciles de contestar. Científicos competentes llegaron a conclusiones muy diferentes a partir del mismo cuerpo de datos, por entonces ya bastante amplio, relativo a humanos y primates. Véase Donald Symons, *The Evolution of Human Sexuality*, Nueva York, Oxford University Press, 1979, y la revisión de Sarah Blaffer Hrdy en *Quarterly Review of Biology*, 54 (septiembre de 1979), 309-313.

pasión, ninguna mujer desearía cargar con un penoso embarazo de nueve meses”. La explicación de De Graaf no se apartaba de la clásica del Renacimiento, excepto en sus opiniones sobre el eyaculado femenino: en lugar de entenderlo como de semen más débil y acuoso, lo interpretó como un huevo en su entorno líquido<sup>79</sup>.

Había de hecho muy pocos datos nuevos sobre fisiología de la reproducción. “El *modus* de la concepción”, como escribía en 1779 el obstetra William Smellie, “es incierto en su conjunto, en especial en la especie humana, porque se presenta raras veces la oportunidad de abrir mujeres embarazadas”<sup>80</sup>. Había que tomar los casos sólo cuando se presentaban y hacer la mejor descripción posible.

Albrecht von Haller, por ejemplo, uno de los gigantes de las ciencias biológicas del siglo XVIII, se limitaba a proyectar sobre las mujeres la experiencia sexual masculina. Y lo hacía así no porque tuviera ningún interés especial en mantener la simetría sesgada del modelo galénico, sino porque la analogía de la mujer excitada sexualmente con el hombre en las mismas condiciones parecía de sentido común:

<sup>79</sup> En el próximo capítulo volveré a la historia de la controvertida cuestión de qué es lo que causa la ovulación. Como se sabe, las conejas y unas pocas criaturas relativamente exóticas —hurones, visones, musarañas de rabo corto— son ovuladoras inducidas por el coito. La distinción no estuvo clara hasta el siglo XX. Regnier de Graaf, *De mulierum organis generationi inservientibus*, trad. George W. Corner, en *Essays in Biology in Honor of Herbert Evans*, Berkeley, University of California Press, 1943, págs. 55-92. En relación con el coito inductor frente a la ovulación espontánea, véase A. V. Nalbandov, *Reproductive Physiology of Mammals and Birds*, Nueva York, Freeman, 3.<sup>a</sup> ed., 1976, págs. 132-133 [versión castellana, *Fisiología de la reproducción*, Zaragoza, Acribia, 1969], y R. M. F. S. Sadleir, *The Reproduction of Vertebrates*, Nueva York, Academic Press, 1973, págs. 127-129. El pensamiento actual tiende a difuminar las distinciones rígidas entre ovuladoras coitalmente inducidas y espontáneas, considerando el conjunto de animales como un *continuum*. Para una consideración de este enfoque en humanos, véase J. H. Clark y M. X. Zarrow, “Influence of Copulation on Time of Ovulation in Women”, *American Journal of Obstetrics and Gynecology*, 109 (abril de 1971), 183-185.

<sup>80</sup> William Smellie, *A Treatise on the Theory and Practice of Midwifery* (Londres, 1779), 1.90.

Cuando una mujer, invitada bien por el amor moral o por el deseo sensual de placer, admite el abrazo del hombre, se excita una constricción y atricción convulsiva de las partes muy sensibles y tiernas situadas en la contigüidad de la abertura externa de la vagina, del mismo modo que antes observábamos en el hombre.

El clítoris se pone erecto, las ninfas se hinchan, se constriñe el flujo de sangre venosa y los genitales externos se ponen turgentes; el sistema actúa “para provocar que el placer alcance su apogeo”. En este proceso se expele una pequeña cantidad de mucosidad lubricante, pero lo más importante es que “al aumentar las cotas de placer, ello causa un mayor aflujo de sangre a todo el sistema genital femenino”, que se traduce en una “alteración importante de las partes interiores”. Erección femenina, interna y externa. El útero se endurece con la sangre que afluye; las trompas de Falopio se hinchan y crecen “como para aplicar la abertura del tubo hacia el ovario”. Luego, en el momento del orgasmo mutuo, el “semen caliente masculino”, al actuar sobre el sistema ya excitado, hace que la extremidad del tubo se estire todavía más, “rodeando y comprimiendo el ovario en ferviente unión, presión hacia fuera y extrae el huevo maduro”. Es la extrusión del huevo. Haller comunica finalmente a sus instruidos lectores, que probablemente hayan leído este tórrido relato en el latín original, que todo eso “no tiene lugar sin grande placer para la madre, ni sin una sensación exquisita inenarrable en las partes internas del tubo, que amenazan a la futura madre con un pasmo o un desvanecimiento”<sup>81</sup>. Las pruebas para este

argumento eran escasas, pero algunas hay en la literatura. Un anatomista inglés, por ejemplo, hizo en 1716 la disección de una mujer que acababa de ser ejecutada y pretendió haber encontrado un tubo “apretado en torno al ovario”; después de investigar cómo podía haber sucedido aquello, supo que “la mujer disfrutó de un hombre en prisión, poco antes de la ejecución”<sup>82</sup>.

La relación sexual continuó vinculada a la ovulación y a un drama interno que, como en el relato de Haller, podía estar marcado por el placer. W. C. Cruickshank, buscando los huevos de la coneja en 1797, encontró el cuerpo lúteo sólo después del coito, de lo que dedujo que “el huevo se forma en el ovario y sale del mismo después de la concepción”. (El cuerpo lúteo, el “cuerpo amarillo”, se forma después de que un folículo ovárico libera el huevo. Se sabe ahora que secreta progesterona, que mantiene la pared uterina en estado adecuado para la implantación. En casi todos los mamíferos se forma “espontáneamente”, con independencia del coito o la concepción, puesto que la ovulación se presenta de forma espontánea; pero en conejos, donde en general el coito provoca la ovulación, sólo estaría presente en las circunstancias que Cruickshank describe.) Lo más importante es que parecería haber habido una batalla para arrancar el huevo del ovario. Pensaba el autor que las trompas de Falopio “se retorcían en espiral como gusanos... [los cuales] abrazaban los ovarios (como los dedos agarran un objeto) tan estrecha y firmemente, que habría hecho falta cierta fuerza y quizá algún daño para desprenderlos”. Por supuesto que las conejas no son mujeres, pero sin duda Cruickshank pensó que sus hallazgos eran aplicables a humanos y sería sorprendente que tan tormentosa escena careciera de correlato sensorial. De este modo la prueba sugeriría que la ovulación, como la eyaculación masculina, ocasionaría alguna sensación placentera<sup>83</sup>.

<sup>82</sup> Se informa de esta autopsia en Pierre Dionis, *The Anatomy of Humane Bodies* (Londres, 1716, 2.<sup>a</sup> ed.), pág. 237.

<sup>83</sup> W. C. Cruickshank: “Experiments in which, on the third day after impregnation, the ova of rabbits were found in the Fallopian tubes”, *Phi-*

<sup>81</sup> Albrecht von Haller, *Physiology: Being a Course of Lectures*, vol. 2 (Londres, 1754), págs. 300-303. Haller era ovista cuando escribió esto, pero hay explicaciones casi idénticas entre espermatistas. Así, Henry Bracken escribe: “En el acto de la generación, el placer es tan exquisito como para alterar el curso de la sangre y de los espíritus animales, que en ese momento se mueven por todas partes donde antes reposaban”. *Midwife's Companion* (Londres, 1737). El eminente William Smellie ofreció en esencia la misma descripción (*Treatise*, 1.92).

C. E. von Baer (1792-1876), biólogo germano-estonio que fue el primero en ver de hecho los huevos en mamíferos, cuando informó de su extraordinaria serie de observaciones, en 1828, todavía estaba convencido de que sólo una perra que acabara de acoplarse produciría el huevo que buscaba<sup>84</sup>. En realidad, hacia 1840, casi todas las autoridades creían que la norma era la ovulación inducida por el coito, tanto en humanos como en los demás mamíferos. De esta forma, en el modelo de dos sexos, como antes, se pensaba que las sustancias genésicas, tanto en hombres como en mujeres, se producían solamente durante la relación sexual; por esas fechas, algunos comenzaron a pensar que tal acontecimiento podía tener lugar de modo rutinario, en mujeres, y sin sensación alguna.

No significa esto que no hubiera quien defendiera la opinión de que la ovulación tenía lugar de forma espontánea. (Si ello tenía lugar sin relación sexual, entonces también parecería probable una concepción mecánica y carente de pasión.) Pero los que más tarde se aceptarían como datos críticos contra la ovulación inducida por el coito en humanos, se interpretaron como anómalos hasta la segunda mitad del siglo XIX. No había nada decisivo en la existencia de huellas o "cicatrices", esto es, restos de cuerpo lúteo, en los ovarios de las vírgenes; folículos rotos en ovarios de mujeres fallecidas durante la menstruación o poco después; o, simplemente, más cicatrices en el ovario de las que podrían explicarse por un coito fecundo. Los biólogos parecían poco dispuestos a que se desvaneciera la idea de que, de alguna forma, la excitación de la cópula y la estimulación sexual eran importantes para la concepción, incluso si, milagrosamente, las mujeres no sen-

tían nada. La concepción anestésica, en otras palabras, no se desprendía de la observación.

De este modo, John Pulley, oscuro médico de Bedfordshire en el siglo XVIII, encontró cuerpos amarillos en vírgenes, pero los justificó diciendo que esas cicatrices procedían de la excitación uterina inducida a través de la "gratificación" no natural del deseo, seguramente por masturbación. Los conocimientos extraídos de la disección de "mujeres histéricas", cuyos ovarios mostraban signos de ovulación, facilitaron pruebas adicionales, según Pulley, de la función de la excitación sexual en la extrusión del huevo<sup>85</sup>. Aunque los textos de medicina legal se mostraron escépticos, durante la primera mitad del siglo XIX, acerca de la idea de que el acrecentamiento del placer marcará la concepción o la ovulación, concedieron gran importancia a la posibilidad de la concepción en relaciones no consentidas, y convinieron que era admisible que la ovulación requiriera el *Sturm und Drang* del coito o de un *facsimil* razonable. En un manual clásico editado en 1827, J. G. Smith escribía que no podría negar que "hubiera un impulso sensible transmitido por la excitación que conectara con el sistema uterino", cuando se produce la concepción. Pero, decía, muchas mujeres son capaces de imaginar, al margen de la esperanza o el miedo, que han concebido, si bien sus confidencias en esta materia no están contrastadas y podrían carecer de interés práctico<sup>86</sup>.

Por otra parte, la cuestión de si la existencia de un cuerpo lúteo es prueba de un pasado embarazo o de un coito *tuvo* considerable significado para los médicos forenses: "es una cuestión bien conocida, de gran importancia en fisiología y medicina forense, muy debatida en los últimos años"<sup>87</sup>. La

*losophical Transactions*, 87 (1797). Como reconocía von Baer, Cruickshank estuvo a punto de identificar los huevos de los mamíferos.

<sup>84</sup> Esto no deja de ser curioso, porque von Baer concedió mucha importancia al desarrollo del folículo de Graaf, al que llama huevo, y al huevo real, el pequeño huevo o "eichin" de su interior, como parte de la historia natural del ovario. "On the Genesis of the Ovum of Mammals and of Man", trad. C. D. O'Malley, *Isis*, 47 (1956), 117-153, esp. 119.

<sup>85</sup> John Pulley, *Essay on the Proximate Causes of Animal Impregnation* (Belford, 1801). Esta afirmación se hizo en el curso de una discusión con Haighton (véase abajo).

<sup>86</sup> J. G. Smith, *The Principles of Forensic Medicine*, Londres, 1827, 3ª ed., pág. 483.

<sup>87</sup> J. F. Blumenbach, *The Elements of Physiology*, trad. de la 4.ª ed. latina por John Elliotson, M. D. (Londres, 1828), n. "i" del traductor, pág. 468.

respuesta era una negativa cualificada y compleja. La mayoría mantenía la opinión de que las mujeres mostraban signos de ovulación sin embarazo, ni incluso relación sexual, pero sólo porque el sistema reproductor femenino podía ponerse en acción por estímulos menores, por ejemplo, un deseo fuerte. Así, mientras que hablando en general la presencia de cuerpo lúteo podía tomarse como evidencia de que una mujer había mantenido relaciones sexuales o había estado embarazada, estaba lejos de ser prueba concluyente. Puesto que “todas aquellas causas que excitan en gran medida los órganos sexuales” pueden provocar la ovulación, la presencia de cuerpo lúteo no “puede tomarse por sí misma... como signo seguro de que haya habido unión”; pero junto a otros signos debe considerarse como presunción ponderada<sup>88</sup>. “Un jurado debería ser prudente”, decía una autoridad, antes de extraer la conclusión, basada en signos de ovulación, de que una mujer no es virgen, pese al “hecho” de que la ovulación sólo era ocasionada generalmente por una relación fecunda<sup>89</sup>. “En algunas ocasiones” advertía otro, “la salacidad excesiva puede desprender el huevo” y dejar las cicatrices en cuestión<sup>90</sup>. (Hay aquí una confusión añadida, porque los médicos del siglo XIX no podían distinguir entre las cicatrices más grandes y visi-

<sup>88</sup> Henry John Todd, ed., *Cyclopedia of Anatomy and Physiology* (Londres, 1836-1839), “Generation”, pág. 450.

<sup>89</sup> Para exposiciones menos ambivalentes sobre esta postura, véase David Davis, *Principles and Practice of Obstetric Medicine* (Londres, 1836), 2.830-831, quien expone con firmeza que un cuerpo lúteo es prueba de impregnación. Haighton, en *Philosophical Transactions* (1797), pág. 164, dice que proporciona “prueba incontestable” de embarazo anterior. Se presenta un ejemplo del significado práctico de este problema en G. F. Girdwood, “Mr. Girdwood’s Theory of Menstruation”, *Lancet*, (1842-43), pág. 829, donde una mujer fallecida, casada muchos años pero sin hijos, era sospechosa de infidelidad. Su gran cuerpo lúteo fue tomado como prueba de alguna impregnación, pero Girdwood negó la inferencia y salvó a título póstumo el honor de la mujer.

<sup>90</sup> Aquí y más arriba, la analogía es con las bestias: el cuerpo lúteo “se ha encontrado en hembras de cuadrúpedos después de un estado de lascivia periódica, sin que tuviera lugar copulación alguna”. Smith, *Principles*, pág. 482.

bles del *corpus luteum verum* —cuerpo lúteo mucho mayor que subsiste hasta el quinto o sexto mes de embarazo— y los restos más pequeños del *corpus luteum spurium*, que desaparecen con rapidez después de dos semanas si no tiene lugar el embarazo.)<sup>91</sup>

Tuvieron su importancia aquellas controversias sobre el cuerpo lúteo, que sugieren que en fecha tan tardía como 1850 nadie conocía a ciencia cierta las circunstancias que rigen la producción del huevo. Todo apunta a que la excitación venérea tenía un rol quizá mayor que en el viejo modelo de cuerpos y placeres. Así, Johann Friedrich Blumenbach (1752-1840), profesor de medicina en Göttingen y uno de los médicos más afamados de Europa, observó que los folículos ováricos podían desprenderse sin los efectos del semen o incluso “sin comercio alguno con varón”, si bien de esto se deducía simplemente que en ocasiones “el propio ardor venéreo... podía producir, entre otros grandes cambios en los órganos sexuales, la dilatación de las vesículas” e incluso causar su ruptura. Lejos de minar el viejo vínculo orgasmo-concepción, las observaciones de Blumenbach lo reforzaron: sólo el deseo ya bastaba para excitar la ovulación en ciertos sistemas sensibles. Su traductor inglés añadió pruebas anecdóticas suplementarias: el informe de Valisneri del hallazgo de vesículas sobresalientes en los ovarios de una mujer de dieciocho años, que se había criado en un convento y presentaba toda la apariencia de ser virgen, situación “observada con frecuencia en las bestias durante los calores”; el informe de Bonnet sobre una joven que murió “furiosamente de amor por un hom-

<sup>91</sup> Los médicos reconocían la existencia de un gran cuerpo lúteo en los ovarios de mujeres fallecidas al comienzo de un embarazo, pero se veían en dificultades para explicar su función o su relación con los numerosos “cuerpos lúteos minúsculos” que también se encontraban allí. Véase, por ejemplo, Robert Knox, “Contributions to the History of the Corpus Luteum, Human and Comparative”, *Lancet* (9 de mayo de 1840), págs. 226-229. Robert Lee, destacado profesor de obstetricia y ginecología, trataba todavía en 1853 de aclarar estos conceptos. Véanse sus *Clinical Reports on Ovarian and Uterine Diseases* (Londres, 1853), págs. 16-20.

bre de baja condición, y cuyos ovarios estaban turgentes, con vesículas de gran tamaño". Aunque no demasiado seguro de su posición, Blumenbach acabó por estar más comprometido con la importancia de la excitación sexual de lo que estuvo Galeno:

Sobre este punto encuentro difícil tomar una decisión en el presente estado de conocimientos; pero pienso que es del todo evidente que aunque el semen no participe en la rotura del ovario, la gran excitación que se presenta durante los calores de los brutos y los estados de lascivia de la virgen humana, con frecuencia es suficiente para efectuar la descarga del huevo. Quizá sea imposible explicar de otro modo el hecho de que los huevos sean expelidos de forma tan habitual de los ovarios, y fecundados cada vez que se provoca una relación de modo arbitrario o fortuito<sup>92</sup>.

Johannes Müller (1801-1858), brillante profesor y defensor destacado del reduccionismo fisiológico, minimizó también las pruebas que podían haber sugerido la evolución espontánea en mujeres. Afirmó que la presencia de cicatrices en ovarios de vírgenes era mero signo de ovulaciones anómalas, y no de ovulaciones normales independientes del coito y la concepción. Aunque las fuerzas precisas que causaban la caída del huevo en la trompa de Falopio seguían siendo oscuras, casi todas las pruebas apuntaban a que el propio huevo se generaba solamente como parte inmediata del mismo proceso de fertilización. Los seres humanos funcionaban como el conejo, la criatura experimental del siglo XIX por excelencia. Se pensaba que durante el coito seguía sucediendo algo espectacular, y la medicina prestó escaso apoyo técnico al nacimiento de la "imposibilidad"<sup>93</sup>.

<sup>92</sup> Blumenbach, *Elements*, págs. 483, 485.

<sup>93</sup> Johannes Müller, *Handbuch der Physiologie des Menschen*, vol. 2 (Coblenza, 1840), págs. 644-645. El suplemento de 1848 a la traducción inglesa de 1843 de esta obra recrimina a Müller por haber tratado inadecuadamente la producción del huevo y cita una literatura abundante, por

Las explicaciones de la mecánica de la concepción en el siglo XIX tampoco ofrecieron soporte técnico al concepto de relación sexual y concepción anestésicas. Lo que aparece es un rol nuevo y exagerado para el semen, que de alguna manera empuja, oprime y excita de mil maneras las entrañas de la mujer y que, a juzgar por el silencio sobre la materia, es capaz de hacer todo eso sin que ella sienta nada. El eminente médico de Edimburgo John Bostock afirmaba que en las mujeres "ciertas causas, y en especial la excitación del fluido seminal" producían "un flujo desacostumbrado de sangre hacia los ovarios"; en medio de toda esa "excitación" se rompe una vesícula y descarga una gota de líquido albuminoso (se imaginaba el huevo todavía de manera imprecisa), que es recogida por las trompas de Falopio erectas, que rodean el ovario, y llevada al útero<sup>94</sup>. Una vez más tenemos en marcha una proyección de la fisiología masculina. Otro eminente obstetra pensaba que el esperma masculino actuaba como una corriente eléctrica que atravesaba las trompas de Falopio y provocaba la expresión del huevo; un importante manual médico inglés postulaba, en 1836, que la inflamación del folículo era consecuencia de la excitación sexual, y su rotura, resultado de "una acción que suele iniciarse durante la unión sexual, pero que puede suceder también sin orgasmo venéreo"<sup>95</sup>.

Lo notable de todas estas explicaciones no es que estén

---

ser éste un campo muy activo [el *Tratado de fisiología* de este autor fue traducido al castellano en 1846 por los redactores de "El Tesoro de las Ciencias Médicas" y fue publicado en Madrid]. Véase William Baly, *Recent Advances in the Physiology of Motion, the Senses, Generation* (Londres, 1848), págs. 43-61.

<sup>94</sup> John Bostock, *An Elementary System of Physiology* (Boston, 1828), pág. 25.

<sup>95</sup> Davis, *Principles*, pág. 831. En el artículo "Generación" de la *Cyclopedia of Anatomy*, Todd había ya adelantado que los ovarios "se tornan desacostumbradamente vasculares durante la unión sexual". No está claro qué quiere decir con "orgasmo venéreo", pero es probable que no sea un proceso que incluya componentes afectivos. En los escritos médicos del siglo XIX es habitual que el término "orgasmo" se refiera simplemente a la propia forma de turgencia o a un estado de gran presión.



equivocadas con arreglo a los conocimientos modernos —en los seres humanos, la ovulación y la formación del cuerpo lúteo es independiente de la relación sexual, del orgasmo o la concepción— ni incluso que sean tan ricas en lo que hoy parecen metáforas inciertas, sino más bien que concedan un papel tan importante a la excitación sexual femenina y a su estimulación genital. Más notable es todavía que digan tan poco sobre las sensaciones que las acompañan. El orgasmo continúa jugando una parte crítica en la concepción, pero ahora no es necesario que quien lo experimenta sienta nada.

En parte, esto no tiene nada que ver en concreto con las mujeres ni con las relaciones sexuales. El placer sexual no era la única cualidad subjetiva que perdía su sitio en la nueva ciencia médica. El poder del modelo anatomopatológico, tal como nació en los hospitales de París a finales del siglo XVIII, reside en su capacidad para desembarazarse de las diferencias individuales, afectivas o materiales, y también para percibir la esencia de la salud o la enfermedad en los tejidos orgánicos. El momento de la verdad era la autopsia y no la visita médica; y los cadáveres y los órganos aislados no podían hablar de placeres.

El siglo XIX fue la edad de oro del postmortem y del dominio de la patología. Durante su carrera como anatomopatólogo, Karl von Rokitansky, uno de los fundadores de la disciplina, se dice que hizo unos 25.000 diagnósticos. Su departamento en el Hospital General de Viena realizó unas 2.000 autopsias al año durante el tiempo que lo dirigió —según esta estimación, más de 80.000—, probablemente más de las que se habían realizado con anterioridad en toda la historia de la medicina<sup>96</sup>. A causa del advenimiento de grandes hospitales docentes, con una clientela casi inagotable de pacientes pobres en la mayor parte de las ciudades importantes de Europa, y también a causa del creciente interés oficial en las causas de muerte, el número de cuerpos y órganos disponibles para la

profesión médica, con fines de investigación, fue casi ilimitado. Una nueva clase de medicina, y las nuevas instituciones en que se practicaba, hicieron que las informaciones de carácter subjetivo, como las relativas al placer, tuvieran escaso interés científico. Lo que importaba era el estado de los órganos y en realidad casi todos los conocimientos sobre la fisiología reproductora de las mujeres hasta el final del siglo XIX procedían de ovarios, úteros y trompas extraídos de mujeres muertas o de extirpaciones quirúrgicas: “Le envío para su inspección los ovarios de una joven soltera que falleció hace unos días”, escribía el cirujano Mr. Girdwood a su colega Robert Grant; el 2 de julio de 1832, sir Astley Cooper envió a Robert Lee el ovario de una mujer que había muerto de cólera durante la menstruación; Emma Bull, que había tenido un solo periodo y que falleció de hidropesía el 23 de mayo de 1835, fue abierta a la mañana siguiente para mostrar un ovario liso y el otro con una única huella; los ovarios de una virgen de veintidós años mostraban todas las etapas de la ovulación, suministrando así más pruebas todavía, en opinión de un médico francés, de la independencia del proceso con la sensación sexual<sup>97</sup>.

La eliminación del orgasmo de las mujeres en las explicaciones de la generación tampoco es simple consecuencia de la ignorancia masculina o de ceguera deliberada. Uno de los obstetras ya citados escribe que el clítoris es “estrictamente análogo” a partes del pene y que contribuye “en gran medida, y quizá en su mayor parte, a la gratificación que en la mujer se deriva de la relación sexual”<sup>98</sup>. El manual de 1836 ya citado dice sin rodeos que “la parte inferior de la vagina y el clítoris poseen un alto grado de sensibilidad”, para precisar luego sin prueba alguna que en “*algunas* mujeres, pero no en todas”, se encuentra allí “el asiento de las sensaciones venéreas de la excitación” y que “en muchas mujeres dichas sen-

<sup>97</sup> Girdwood a Grant, *Lancet* (1842-43), págs. 825, 826; *Lancet* (1840-41), pág. 295; F. A. Pouchet, *Théorie positive de l'ovulation spontanée* (París, 1847), págs. 125ss.

<sup>98</sup> Davis, *Principles*, págs. 57-58.

<sup>96</sup> Erna Leski, *The Vienna Medical School in the 19th Century*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1976, págs. 106-116.

saciones están ausentes por completo". Las sensaciones se consideraban irrelevantes para la "capacidad fecundadora" del hombre y para la "responsabilidad de la concepción" en la mujer, pero nuestro autor no observa la misma postura acerca de la ausencia del placer masculino. El argumento parece ser que sólo las mujeres tienen orgasmos —¿cómo si no saldría el huevo?—, pero no lo sienten. Tal como interpreto el argumento, tienen esta capacidad porque las sensaciones sexuales humanas están bajo "el poder intelectual y moral de la mente". La civilización, en todas sus manifestaciones políticas, económicas y religiosas, conduce con misericordia a la humanidad desde "escenas y hábitos de enojosa obscenidad, entre aquellos pueblos bárbaros cuyas inclinaciones no están atemperadas por el cultivo de la mente", a un estado en que "los apetitos o pasiones corporales, sujetos a la razón, adoptan un carácter más apacible, menos egoísta y más elevado"<sup>99</sup>. En la literatura que he examinado, los cuerpos de las mujeres en particular llevan las marcas de este proceso civilizador. La fisiología de sus cuerpos —en este ejemplo y en otros muchos, y sobre todo en Freud— se adapta a las demandas de la cultura. Aunque las mujeres, como los hombres, tuvieran capacidad para experimentar la erección (del clítoris y de los órganos internos), excitación y eyaculación, "muchas" podrían pasar por todo ello sin sensación alguna. De nuevo el asunto no consiste en analizar lo que hay de verdadero o falso en estas propuestas, con arreglo a los conocimientos modernos, sino más bien en subrayar que la base que soporta las tesis sobre el rol, e incluso la existencia, del placer femenino, no reside en la biología, sino en la cultura. Como en el modelo de un solo sexo, el cuerpo se deslizó suavemente, durante el siglo XIX desde su papel supuestamente básico a no ser la causa, sino el signo del género.

Si se considera el tema de la impasibilidad femenina como cuestión esencialmente epidemiológica, acerca de la correlación entre orgasmo y ovulación o concepción, sigue sa-

<sup>99</sup> Todd, *Cyclopedia*, págs. 439, 447, 443.

biéndose poco sobre los dos aspectos del problema. Con anterioridad al siglo XX, nadie se había preguntado sobre el placer de las mujeres durante la relación heterosexual y, como subrayaba Havelock Ellis en 1903, "parece que el siglo XIX se reservó la afirmación de que las mujeres son propensas a una incapacidad congénita para experimentar una satisfacción sexual completa, y en especial a la anestesia sexual". Procede aludir a los resultados de estudios que, prácticamente sin base probatoria, abordaron este nuevo problema<sup>100</sup>. Adam Raciborski, el médico francés que pretendía haber descubierto la ovulación espontánea en las mujeres, declara simplemente que las tres cuartas partes de las mujeres apenas soportan el abrazo de sus maridos, lo mismo que William Acton intercaló en su libro sobre los hombres que, sobre este asunto, bastaba con decir que "la mayoría de las mujeres no están afectadas por sensaciones sexuales de ningún tipo"<sup>101</sup>.

Nadie conocía la respuesta. Un autor inglés subrayaba en su capítulo sobre "el temperamento amoroso relativo de hombres y mujeres", que en un campo "tan caracterizado por la delicadeza y el silencio", casi todos "juzgan a los demás a la luz de las limitadas experiencias propias". O, como podría haber observado con mayor exactitud, de acuerdo con lo que les hubiera gustado creer. Su propia respuesta, sin apoyo de datos, es que hay tres clases aproximadamente iguales en número de mujeres: 1) las que son tan apasionadas y sensibles como el hombre medio; 2) las que son menos apasionadas, pero todavía obtienen placer "en el comercio sexual —*en especial poco antes de la menstruación e inmediatamente después de su conclusión*"—, y 3) las que no experimentan pasión física o sensación placentera y sobrellevan el sexo como un deber.

<sup>100</sup> Havelock Ellis, *Studies on the Physiology of Sex*, vol. 3 (Filadelfia: F. A. Davis, 1920, 2.<sup>a</sup> ed.), págs. 193-194.

<sup>101</sup> Adam Raciborski, *De la puberté et de l'âge critique chez la femme* (París, 1844), pág. 146 [el *Resumen práctico y razonado del diagnóstico* de este autor, traducido por Serapio Escolar y Francisco Alonso, tiene una sección dedicada a las partes genitales; apareció en Madrid en 1841]; Acton, *Functions*, 4.<sup>a</sup> ed., 1865, pág. 112.

Concluye mostrándose en desacuerdo con su hipótesis inicial y exponiendo que la segunda categoría es probablemente la más numerosa, y la primera, la menor<sup>102</sup>. Otto Adler, experto alemán en estas materias a finales del siglo XIX, presenta un caso todavía más ingenioso de cómo hacer pasar los prejuicios personales o sociales al hecho científico. Sacaba la conclusión de que el 40 por 100 de las mujeres sufría “anestesia sexual”; entre ellas incluía diez que declaraban masturbarse hasta alcanzar el orgasmo, o bien experimentar deseos sexuales fuertes pero no consumados, y una que tuvo un orgasmo mientras el médico examinaba sus genitales<sup>103</sup>.

Los problemas propios de la investigación de los vínculos entre placer sexual y reproducción no se debían solamente a prejuicios, sino también a la política profesional y a las mismas doctrinas de la impasibilidad y la delicadeza femeninas, en cuyo apoyo se recurría a la ciencia. El experto en anatomía comparada y defensor del control de natalidad, Richard Owen, lamentaba que todas las teorías de la generación fueran “mera especulación”: “Habría que dedicar más tiempo a recoger datos sobre las experiencias reales de los seres humanos.” Pero tal tarea sería demasiado difícil para el ignorante y al mismo tiempo atacaría la dignidad del docto<sup>104</sup>. Un médico alemán, perplejo en cuanto a la forma en que los ovarios estarían implicados en la reproducción, apuntaba si después de todo no sería la “libido” el agente primario. En animales, razonaba, los ovarios cambiaban en la época de los calores; supo por un compañero médico que la esposa de un colega fue considerada estéril durante mucho tiempo y “aceptaba el abrazo masculino sin placer”, pero cuando “sintió la libido una vez, de inmediato quedó embarazada”. Por otra parte

también sabía, por su propia práctica, que las mujeres quedaban embarazadas sin sensación alguna. Debía de haber “muchas confidencias sumamente interesantes”, contadas a los médicos por sus pacientes, que bien correlacionadas podían conducir a la respuesta. Pero, por desgracia, política y mojigatería se interponían en el camino de la epidemiología<sup>105</sup>. Un médico siciliano informaba que las pacientes hablaban de sexo más que de ninguna otra cosa, pero que no era posible abordar esas materias desde el punto de vista profesional<sup>106</sup>.

Si el respetable médico no tenía acceso directo a la información sobre las experiencias sexuales de las mujeres, en ocasiones podía informarse de lo que los maridos de esas mujeres tenían que decir. Un autor inglés con evidente interés hacia lo empírico hizo precisamente esto. Cuarenta y dos hombres dijeron que las sensaciones sexuales de sus esposas habían estado dormidas antes del matrimonio. No era éste un resultado sorprendente, dado que los hombres se mostraban orgullosos de su capacidad para despertarlas; más sorprendente es que catorce de los cincuenta y dos maridos testimoniaran que sus esposas continuaban sin sentir deseo sexual<sup>107</sup>. No hay duda de que el valor de los datos está sesgado por una técnica de indagación poco satisfactoria.

La primera encuesta sistemática moderna sobre las sensaciones sexuales de las mujeres fue dirigida por Clelia Duel Mosher a partir de 1892. Basada en las respuestas de cincuenta y dos encuestadas, no condujo a resultados concluyentes. La verdad es que un 80 por 100 de respuestas que afirmaban la existencia de orgasmos lleva al historiador a ponerse en contra del estereotipo de la mujer victoriana sexual-

<sup>105</sup> Josef Ignaz von Dollinger, “Versuch einer Geschichte der Menschlichen Zeugung”, trad. A. W. Meyer, *Human Generation*, Stanford, Stanford University Press, 1956, pág. 37.

<sup>106</sup> Giuseppe Pitre, *Sicilian Folk Medicine*, trad. Phyllis Williams, Lawrence, Kansas, Coronado Press, 1971, introducción.

<sup>107</sup> Henry Campbell, *Differences in the Nervous Organization of Man and Woman: Physiological and Pathological* (Londres, 1891), páginas 200-201.

<sup>102</sup> Davis, *Principles*, pág. 830. Estas especulaciones son citadas por médicos posteriores y he añadido las cursivas para subrayar la suposición, frecuente en el siglo XIX, de que la menstruación en el ser humano es equivalente al celo, y que las mujeres son entonces más receptivas sexualmente.

<sup>103</sup> Citado en Peter Gay, *The Bourgeois Experience*, pág. 161.

<sup>104</sup> R. D. Owen, *Moral Physiology*, (Nueva York, 1828), pág. 44.

mente frígida<sup>108</sup>. Pero, como ha puesto de manifiesto Rosalind Rosenberg, también la mayor parte de las mujeres se mostraba reacia a practicar el sexo y hubieran sido más felices si se les hubiera dejado tranquilas<sup>109</sup>. En resumen, casi nada se sabía en cuanto a la respuesta sexual de las mujeres en general y mucho menos sobre su relación con la ovulación o la concepción. (Quizá se sabía menos todavía sobre la respuesta y los hábitos sexuales de los hombres, pero ésa es otra historia.)

De modo similar, la epidemiología de la infertilidad en relación con el orgasmo seguía siendo un enigma. En el viejo modelo, una ausencia de calor independiente del género, tal como sugiere la falta de deseo sexual o de orgasmo, se consideraba causa habitual y remediable de esterilidad. En el nuevo modelo, que cuestionaba la misma existencia del deseo sexual femenino, tales materias deberían haber sido irrelevantes. Pero no lo fueron. La primera encuesta sistemática sobre el tema, publicada en 1884, acepta la antigua explicación como hipótesis de partida. Matthews Duncan, afamado cirujano ginecológico de Londres, estaba convencido de que la falta de placer sexual era causa importante de infertilidad. Sin embargo, encontró que 152 de 191 mujeres estériles que le consultaron (el 79 por 100), dijeron que experimentaban deseo sexual y que 134 de 196 (68 por 100) tenían placer sexual, si no orgasmo, en el coito. Sin estadísticas comparables para mujeres fecundas, esos números significan poco, pero en buena medida parecen sugerir lo contrario a la hipótesis inicial y también, de paso, que las mujeres inglesas en cuanto se tumbaban pensaban en el Imperio<sup>110</sup>.

<sup>108</sup> Carl Degler, "What Ought to Be and What Was", *American Historical Review*, 79 (diciembre 1974), 1467-90.

<sup>109</sup> Rosalind Rosenberg, *Beyond Separate Spheres*, New Haven, Yale University Press, 1982, pág. 181, n. 6.

<sup>110</sup> Matthews Duncan, *On Sterility in Women*, Gulstonian Lecture pronunciada en el Colegio de Médicos, febrero de 1883 (Londres, 1884), págs. 96-100.

Al margen de la encuesta de Duncan hay poca cosa, excepto unos pocos informes impresionistas, ninguno de los cuales en apoyo de la nueva tesis de la impasibilidad, sino más bien a favor del viejo vínculo entre deseo y concepción. E. H. Kisch, especialista alemán y médico de un balneario, estaba convencido de que la excitación sexual en las mujeres era "un eslabón necesario en la cadena que conduce a la fecundación". Esta convicción emanaba de su investigación sobre 556 casos de primeros embarazos, que rara vez correspondían al primer coito y que las más de las veces se daban entre los diez y los quince meses tras el matrimonio (afirmación dudosa), y de su experiencia personal de que era más probable que una mujer infiel concibiera con su amante que con su marido. La inferencia, a partir de los datos del primer embarazo, del rol de la pasión dependía de la observación más fundamental de que la mayor parte de las mujeres eran sexualmente inactivas hasta el matrimonio y que su capacidad para el placer erótico florecía con lentitud. Es de suponer que el embarazo coincidiera con la plena floración<sup>111</sup>. En un destacado texto americano de obstetricia, editado en 1901, B. C. Hirst repetía lo que el saber clínico tradicional había predicado durante siglos: la condición ideal para la concepción era el orgasmo mutuo simultáneo; por el contrario, en uno de sus casos, una mujer casada había mantenido seis años de relación sexual frígida e infecunda, si bien había quedado embarazada cuando por fin coincidieron coito y orgasmo<sup>112</sup>. Pero la interpretación de lo sucedido seguía siendo problemática. Evocando el placer femenino, el *Reference Handbook of Medical Sciences* (Nueva York, 1900-1908), dice sin concederle importancia: "Es más probable que se produzca la concepción cuando se experimenta la excitación venérea completa."

<sup>111</sup> E. Heinrich Kisch, *Die Sterilität des Weibes* (Viena y Leipzig, 1886), págs. 5, 16-17. Kisch era profesor de medicina en Praga, y durante los veranos médico jefe en Marienbad.

<sup>112</sup> Barton C. Hirst, *A Textbook of Obstetrics*, Filadelfia y Londres, W. B. Saunders, 1901, pág. 67.

mente frígida<sup>108</sup>. Pero, como ha puesto de manifiesto Rosalind Rosenberg, también la mayor parte de las mujeres se mostraba reacia a practicar el sexo y hubieran sido más felices si se les hubiera dejado tranquilas<sup>109</sup>. En resumen, casi nada se sabía en cuanto a la respuesta sexual de las mujeres en general y mucho menos sobre su relación con la ovulación o la concepción. (Quizá se sabía menos todavía sobre la respuesta y los hábitos sexuales de los hombres, pero ésa es otra historia.)

De modo similar, la epidemiología de la infertilidad en relación con el orgasmo seguía siendo un enigma. En el viejo modelo, una ausencia de calor independiente del género, tal como sugiere la falta de deseo sexual o de orgasmo, se consideraba causa habitual y remediable de esterilidad. En el nuevo modelo, que cuestionaba la misma existencia del deseo sexual femenino, tales materias deberían haber sido irrelevantes. Pero no lo fueron. La primera encuesta sistemática sobre el tema, publicada en 1884, acepta la antigua explicación como hipótesis de partida. Matthews Duncan, afamado cirujano ginecológico de Londres, estaba convencido de que la falta de placer sexual era causa importante de infertilidad. Sin embargo, encontró que 152 de 191 mujeres estériles que le consultaron (el 79 por 100), dijeron que experimentaban deseo sexual y que 134 de 196 (68 por 100) tenían placer sexual, si no orgasmo, en el coito. Sin estadísticas comparables para mujeres fecundas, esos números significan poco, pero en buena medida parecen sugerir lo contrario a la hipótesis inicial y también, de paso, que las mujeres inglesas en cuanto se tumbaban pensaban en el Imperio<sup>110</sup>.

Al margen de la encuesta de Duncan hay poca cosa, excepto unos pocos informes impresionistas, ninguno de los cuales en apoyo de la nueva tesis de la impasibilidad, sino más bien a favor del viejo vínculo entre deseo y concepción. E. H. Kisch, especialista alemán y médico de un balneario, estaba convencido de que la excitación sexual en las mujeres era “un eslabón necesario en la cadena que conduce a la fecundación”. Esta convicción emanaba de su investigación sobre 556 casos de primeros embarazos, que rara vez correspondían al primer coito y que las más de las veces se daban entre los diez y los quince meses tras el matrimonio (afirmación dudosa), y de su experiencia personal de que era más probable que una mujer infiel concibiera con su amante que con su marido. La inferencia, a partir de los datos del primer embarazo, del rol de la pasión dependía de la observación más fundamental de que la mayor parte de las mujeres eran sexualmente inactivas hasta el matrimonio y que su capacidad para el placer erótico florecía con lentitud. Es de suponer que el embarazo coincidiera con la plena floración<sup>111</sup>. En un destacado texto americano de obstetricia, editado en 1901, B. C. Hirst repetía lo que el saber clínico tradicional había predicado durante siglos: la condición ideal para la concepción era el orgasmo mutuo simultáneo; por el contrario, en uno de sus casos, una mujer casada había mantenido seis años de relación sexual frígida e infecunda, si bien había quedado embarazada cuando por fin coincidieron coito y orgasmo<sup>112</sup>. Pero la interpretación de lo sucedido seguía siendo problemática. Evocando el placer femenino, el *Reference Handbook of Medical Sciences* (Nueva York, 1900-1908), dice sin concederle importancia: “Es más probable que se produzca la concepción cuando se experimenta la excitación venérea completa.”

<sup>108</sup> Carl Degler, “What Ought to Be and What Was”, *American Historical Review*, 79 (diciembre 1974), 1467-90.

<sup>109</sup> Rosalind Rosenberg, *Beyond Separate Spheres*, New Haven, Yale University Press, 1982, pág. 181, n. 6.

<sup>110</sup> Matthews Duncan, *On Sterility in Women*, Gulstonian Lecture pronunciada en el Colegio de Médicos, febrero de 1883 (Londres, 1884), págs. 96-100.

<sup>111</sup> E. Heinrich Kisch, *Die Sterilität des Weibes* (Viena y Leipzig, 1886), págs. 5, 16-17. Kisch era profesor de medicina en Praga, y durante los veranos médico jefe en Marienbad.

<sup>112</sup> Barton C. Hirst, *A Textbook of Obstetrics*, Filadelfia y Londres, W. B. Saunders, 1901, pág. 67.

En resumen, apenas hubo nueva información epidemiológica disponible durante el siglo XIX sobre la extensión del deseo sexual femenino o de su relación con la concepción. En realidad, como mostrará el próximo capítulo, las causas "morales" de la infertilidad y otras repercusiones en el cuerpo de la desviación del "buen orden" cubrían su camino en el mundo del sexo científico.

## CAPÍTULO VI

### El sexo socializado

La forma de representación no puede dissociarse de su fin ni de las exigencias de la sociedad en que se difunde un lenguaje dado.

E. H. GOMBRICH  
*Art and Illusion*

Ofreceré en este capítulo una serie de cuadros correspondientes a Europa occidental, datados entre mediados del siglo XVIII y principios del XX. Los dos primeros —sobre la política y la teoría política, así como sobre la cuestión de cuándo se presenta la ovulación dentro del ciclo menstrual— intentan mostrar cómo surgieron los sexos, opuestos e incommensurables, en contextos específicos. Los dos siguientes —donde se muestra por qué masturbación y prostitución no son tanto patologías sexuales como sociales, con consecuencias sexuales, y una interpretación del argumento freudiano sobre la transición de la sexualidad clitoridiana a la vaginal, como caso concreto de una histeria casi universal— pretenden poner de manifiesto la tendencia contraria: cómo el modelo unisexo, con su interpenetración de cuerpo y cultura, flo-